

Viaje a Roma

1999



por
María Olmedo Soler

Editorial Mos

@ María Olmedo Soler 1999

1ª edición: Agosto 2001

1ª edición internet: Septiembre 2002

2ª edición internet: Marzo 2009

Todos los derechos reservados

ÍNDICE

Prólogo

- 17 de julio de 1999 Llegada y primera salida por Roma
- 18 de julio de 1999 Por la Roma Clásica
- 19 de julio de 1999 El Vaticano
- 20 de julio de 1999 Por los templos paganos y cristianos
- 21 de julio de 1999 Villa Borghese
- 22 de julio de 1999 Las catacumbas y la Via Appia
- 23 de julio de 1999 El Trastevere. Último paseo por Roma
- 24 de julio de 1999 Epílogo
- Apéndice 1 Índice de Lugares
- Apéndice 2 Índice de Personajes
- Apéndice 3 Glosario
- Apéndice 4 Italiano básico

Prólogo

¿Cómo puedo resumiros brevemente mi viaje? ¿Qué puedo recomendaros entre todo lo que vi y todo lo que allí hice?

Quizá sea imposible resumir Roma en dos líneas, pero si nunca habéis visitado esta ciudad, puedo intentar daros un par de pistas para hacer vuestra futura visita más fácil:

Dejad la ropa corta o de tirantes en casa. No perdáis de vista vuestros bolsos o carteras. Olvidaos de la existencia de las señales de tráfico. Llevad un bloc de notas: al final del día no seréis capaces de enumerar ni distinguir entre todas las iglesias visitadas. Y sobre todo: dejaos llevar por el encanto de esta vieja ciudad, en la que hasta la piedra más pequeña esconde una gran historia.

Y así es como yo descubrí Roma.

Nota de la autora: El relato, debido a la cantidad de cosas que he visto y que tengo que enumerar, se ha convertido en una guía para el futuro viajero más que en un relato de las aventuras que Piluca y yo vivimos en Roma. En esta ocasión el protagonista absoluto es la ciudad, y nos ha quedado a mi hermana y a mí el papel de simples espectadoras. Aunque alguna vez, en muy contadas ocasiones, conseguiremos tener nuestro minuto de gloria.

También por esa cantidad de datos, estoy convencida de que el relato tendrá más de una (y me contengo) incorrección. Y tratar de corroborar mis datos en Internet ha sido aun peor (hay infinidad de versiones sobre los mismos temas). Así que espero que seáis vosotros, los propios lectores, quienes me ayudéis a rectificar cualquier fallo en mi historia.

17 de julio de 1999

Llegada y primera salida por Roma

Hoy, 17 de julio de 1999, y tras muchos meses de preparación, mi hermana Pilar y yo iniciamos nuestra aventura italiana.

Como en anteriores viajes, lo hemos organizado todo por nuestra cuenta y sin contar con las ofertas de una agencia de viajes. Una vez decidida la fecha y encontrado un vuelo barato, hablamos con nuestra tía Pilar, superiora de la congregación Esclavas del Sagrado Corazón, de la fundación Cardenal Espínola. Su congregación tiene una residencia para estudiantes en Roma y en varias ocasiones nos la ha ofrecido. Por fin, este año, hemos podido aceptar su invitación.

Para nosotras y nuestra familia es una tranquilidad ir a un lugar de confianza, más aún porque sabemos que al menos una monja habla castellano: la madre Caridad, quien me ha aclarado por correo electrónico todas las dudas acerca de la llegada a la residencia, el equipaje y la ciudad (pese a estar muy al día en cuanto a los avances informáticos y de comunicaciones, estas cosas nunca dejan de sorprenderme).

Así que, coincidiendo con la salida del sol, nos preparamos para embarcar en el avión que nos llevará a Roma: un Airbus de la compañía Alitalia que, como a veces ocurre, saldrá a su hora. Barajas, Madrid, la península, las islas Baleares y hasta el Mediterráneo van quedando atrás, y cuando queremos darnos cuenta son las nueve y media y nos disponemos a aterrizar en el aeropuerto romano de Fiumicino.

En el mismo aeropuerto compramos los billetes para el siguiente tren a Roma, que no saldrá hasta dentro de hora y media. Al adquirirlos nos enteramos del sistema de transporte público en la capital de Italia, cuyos billetes tienen un límite de tiempo en lugar de recorrido. Nuestros billetes (cada uno de los cuales nos ha costado 16.000 Liras, unas 1.860 Pesetas, 11,20 €), tienen una validez de 90 minutos desde el momento en que los validemos al entrar en el andén. Eso significa que si llegamos a Roma antes de que se cumpla ese tiempo, podremos aprovechar el mismo billete para coger otro transporte.

En el andén se nos han acercado unos chicos que están repartiendo planos de la ciudad. Son planos publicitarios y en ellos – qué casualidad – están señalados todos los McDonald's de Roma. Por fin llega el tren, y una vez sentada en nuestro compartimiento, viéndome junto a una canadiense, cuatro angloparlantes y una española (mi hermana), siento un enorme deseo de llegar a Roma y tratar por fin con algún italiano.

Al descender por fin en la estación **Términi**, nos ha sorprendido encontrar la estación principal de Roma en semejante estado de suciedad y dejadez, aspecto que ni los andamios ni la aglomeración de gente pueden ocultar.

Los billetes de autobús pueden comprarse en estancos, quioscos, y en las máquinas expendedoras de las paradas de autobús de la misma estación. De todas formas aún no ha vencido la validez de nuestro billete de tren, que aprovecharemos para coger el autobús número 38, siguiendo instrucciones de Caridad, y que nos dejará a un par de manzanas de la residencia.

Esta se encuentra en una zona residencial al este de la ciudad, donde buena parte de las antiguas casas señoriales han sido acondicionadas como residencias o similares. Nuestra residencia es un edificio de cuatro o cinco alturas, con un pequeño patio en la entrada y una terraza en el ático.

Sale a recibirnos la madre Rosario, e inmediatamente quedan resueltas nuestras dudas sobre comunicación: todas las monjas, a excepción de la madre Franca, son españolas.

No ha habido mucho tiempo para presentaciones, pues queremos salir enseguida a visitar la ciudad. Así que Rosario nos ha acompañado a nuestro dormitorio en el primer piso, nos ha explicado el sistema de llaves (para indicar si salimos o volvemos a la residencia), y tras mostrarnos el comedor de desayuno nos ha dejado en nuestro dormitorio para que nos instalemos.

El dormitorio se encuentra en la primera planta, junto a las escaleras. Entrando a la derecha están las dos camas y frente a ellas un par de mesas, donde apenas un mes antes unas estudiantes italianas habrán estado preparado sus últimos exámenes, de cara a un par de ventanas que dan a la casa vecina. A la izquierda el armario, y junto a él la puerta del cuarto de baño.

Sacamos lo imprescindible de la maleta y cambiamos el contenido “de viaje” de los bolsos por las guías, cuadernos y cámaras de turistas, para una hora después ponernos de nuevo en marcha.



El autobús nos deja en nuestro primer destino: la [Piazza Barberini](#). Será la plaza que más visitaremos, ya que al menos una o dos veces al día deberemos pasar por ella con el autobús o andando.

En el centro de la gran plaza de piedra se alza la [Fontana del Tritone](#) (Fuente del Tritón) y en un lateral la [Fontana delle Api](#) (Fuente de las Abejas), una obra menor de [Gianlorenzo Bernini](#) que representa a tres abejas, símbolo heráldico de sus mecenas, la familia Barberini. A dicha fuente se la conoce también como la Fuente de la Mariposa ya que por su forma se asemeja más bien a este insecto.

Desde allí caminamos hasta la iglesia de [Trinità dei Monti](#) (Trinidad de los Montes), donde apenas nos detenemos unos minutos para contemplar la vista de la ciudad desde lo alto de la [escalinata della Piazza della Spagna](#). La escalera, construida en el siglo XVIII con el fin de unir la iglesia con la plaza, se ha convertido en punto de reunión de miles de turistas que llegan a conocer y fotografiar uno de los lugares más característicos de Roma. Turistas y romanos aprovechan también para refrescarse en la fuente de la [Piazza della Spagna](#), conocida como La [Fontana della Barcaccia](#) por su forma de barco, obra de 1627 realizada por Pietro Bernini, padre de Gianlorenzo. La escalera tampoco parece nada especial, pero probablemente ganaría mucho con las jardineras llenas de flores que aparecen siempre en las postales turísticas y que en este momento están ausentes.

Al alejarnos de la plaza pasamos junto a la [colonna o columna de la Inmaculada](#) y la embajada de España, a las que por estar rodeadas de andamios apenas prestamos atención. Por esa razón no nos hemos fijado en la corona de flores que cuelga de la estatua durante todo el año y que es sustituida el día de la Inmaculada. Ese día, el embajador de España y su familia salen al balcón y se realiza la ofrenda a la Virgen, a la que asiste incluso el Papa.



Bajamos por la concurrida vía del Corso hacia la [Plaza Venezia](#). A un lado de la calle se abre la [Piazza Colonna](#), rodeada por una barrera de obras que nos impide acercarnos a la columna levantada en el centro: La [columna de Marco Aurelio](#), realizada en el año 180 a la muerte del emperador para conmemorar sus batallas contra las tribus bárbaras del Danubio, que son representadas en un relieve

histórico tallado en mármol. Una escalera interior sube en espiral hasta lo más alto de la columna, donde hoy una columna de San Pablo sustituye a la original del emperador.

Llegamos por fin a la [Piazza Venezia](#) y ahora siento que nos encontramos en el centro de Roma, ya que allí parece concentrarse más de la mitad de los coches, motos y romanos, además de todos los turistas que pasan por ella en su camino hacia los principales lugares turísticos. A nuestra derecha, la vía Vittorio Emanuele II conduce hacia el Vaticano; a la izquierda la via dei Fori Imperiali nos abre la vista más clásica e impresionante de la ciudad; y a unas pocas manzanas de la plaza, a ambos lados de la via del Corso que acabamos de dejar, el Panteón y la Fontana di Trevi.

Mi primera impresión sobre este lugar es clara: caos. Una enorme plaza, cruce de algunas vías principales, sin rotonda y con pocos semáforos, pasos de peatones que nadie tiene en cuenta, conductores dispuestos a hacer lo que sea por no tener que pisar el freno, autobuses con los amortiguadores destrozados por su conducción temeraria sobre la calzada adoquinada y cientos de motoristas sin casco para los que ni los semáforos, ni las aceras, ni los viandantes parecen ser un obstáculo. Y frente a todo ello: el insignificante y aterrado peatón, jugándose la vida cada vez que quiere pasar a la acera contraria.

Poco a poco nos acostumbraremos al tráfico romano, tanto que en los últimos días de nuestra estancia el semáforo habrá dejado de tener sentido, al igual que los pasos de peatones, y nuestro único criterio para cruzar la calle será la ausencia absoluta de vehículos. También llegaremos a acostumbrarnos a las sirenas de las ambulancias o de los coches de policía, que escuchamos al menos dos o tres veces al día. Como ya dijo alguien antes que yo: “*Estan locos estos romanos*”.

Frente a nosotras y al otro lado de la plaza se levanta un singular edificio, conocido familiarmente como “[la tarta nupcial](#)” o “la máquina de escribir” por su color blanco y su forma similar a la de una máquina de escribir antigua. Al principio hemos pensado que se trataba del Palacio Venezia, después que el Capitolio. En realidad tendremos que esperar hasta nuestro último día en Roma para conocer su auténtico significado.



A unas pocas manzanas encontramos la [Fontana di Trevi](#), lugar de reunión de romanos y turistas en busca de un lugar de descanso fresco, a la vez que uno de los principales puntos turísticos de Roma. La fuente es además punto de referencia cinematográfica, la del baño de Anita Ekberg en la película de 1960 “La Dolce Vita”, de Fellini.

La fuente se encuentra en una plaza muy pequeña, lo que le da una mayor sensación de grandiosidad. Abarca casi toda la fachada del palacio Poli, habiendo una perfecta asimilación desde las suaves figuras de la fuente hasta las columnas de la pared, una de las cuales aparece con la base rota, como si al emerger la fuente de la fachada la hubiera quebrado. La fuente, terminada en 1762, representa a Neptuno entre dos caballos, uno manso y otro encabritado, sujetos por dos tritones.



El interior de la fuente está lleno de las monedas que diariamente cientos de visitantes lanzan al agua con un deseo unánime: regresar a Roma. Piluca, previsora, ha traído para la ocasión monedas españolas antiguas.

Dejando atrás el bullicio de la Fontana di Trevi, buscamos un lugar donde comer. Son las cuatro y media de la tarde, de modo que no nos lo pensamos dos veces cuando encontramos un

McDonald's.

Tras el descanso, ascendemos la colina del [Quirinale](#) hasta llegar a la Plaza del mismo nombre, presidida por las dos estatuas de Cástor y Pollux.

A un lado de la plaza, la larga fachada amarillenta, despintada y sucia del [palacio presidencial](#) es custodiada por dos “corazzieri”, soldados ataviados con vistosos y seguramente muy calurosos uniformes de gala. El edificio fue en un primer momento palacio pontificio, cuando el Papa Gregorio XIII escogió esta colina como residencia estival. Tras la unificación italiana el palacio se convirtió en residencia oficial del rey, y actualmente lo es del presidente de la república.

Nuestra siguiente visita es [Sant'Andrea al Quirinale](#), conocida como “la perla del Barroco” y que fue proyectada por Bernini por encargo de los jesuitas. Se dice que Bernini consideró esta iglesia como su obra más acabada, y ya de viejo le gustaba sentarse en uno de sus bancos a contemplarla. Desgraciadamente nosotras no hemos podido hacer lo mismo ya que en este momento se celebra una boda.

Cruzamos un pequeño parque con una estatua ecuestre de Carlos Alberto y casi de casualidad nos encontramos en el cruce de calles – que no plaza – donde se encuentran las [Quattro Fontane](#), si bien la suciedad de la piedra así como los andamios que cubren dos de las esquinas, casi nos hacen pasar por alto las cuatro fuentes del siglo XVI que hay en ellas. Este cruce es el punto más alto del Quirinale, y por tanto de Roma.

Caminando por la Vía XX Settembre, una de las principales arterias de Roma, llegamos a [Santa Maria della Vittoria](#). Construida en el siglo XVII por [Carlos Maderno](#) y con fachada de [Giovanni Battista Soria](#), es una iglesia típicamente barroca: sus paredes y techos, decorados con frescos y mármoles de colores, son iluminados por la luz blanca que penetra desde las ventanas superiores, la misma que a través de la linterna de la cúpula ilumina el altar, en el centro del crucero, atrayendo al visitante hacia él y dando a la iglesia un aire místico. Todo resulta muy teatral, efecto conseguido gracias a la integración total de las artes: la arquitectura, la pintura, y sobre todo la escultura, a la que en ocasiones parece estar todo supeditado.



Y todo este aire teatral fue manejado con genialidad por Gianlorenzo Bernini cuando realizó para una de sus capillas laterales el [Extasis de Santa Teresa](#). Una escultura que tanto por su belleza como por haber sido una de mis preguntas de selectividad, tenía gran interés por ver. Una apertura en lo alto de la capilla hace que la luz ilumine de lleno la escultura, donde unos rayos de bronce descienden hasta la santa. Su rostro se contrae mientras su cuerpo cae inerte, las telas de su hábito rígidas por su dureza y peso. Y el ángel la mira y sonríe con el rostro más hermoso, con la expresión más dulce, que tanto contrasta con las expresiones duras, fieras a veces, de las esculturas de ese otro genio italiano llamado Miguel Ángel. Y toda la escultura se apoya sobre una base de mármol sin terminar de pulir, característica muy típica de Bernini.

En la siguiente manzana se encuentra [Santa Susanna](#) y en la otra acera la [Fontana dell'Aqua Felice](#), conocida popularmente como Fuente del Moisés por la enorme y desproporcionada estatua de Moisés que

preside el nicho central, rodeado por otros dos nichos con escenas del Antiguo Testamento. Sobre ellos un gran friso conmemora el acueducto de Acqua Felice, que terminaba allí, y un enorme frontón en lo más alto.

Frente a Santa Susana y tras pasar una calle sin semáforos y llena de obras, encontramos la pequeña iglesia de [San Bernardo](#), antigua torre de las Termas de Diocleciano reconvertida en el siglo XVI en una iglesia de planta circular. Y con esta iglesia damos por concluido nuestro primer día en Roma.

Volvemos caminando a la plaza Barberini, y allí cogemos el autobús de regreso a la residencia con los billetes comprados en un estanco del centro. En el momento de descender del autobús comienzan a caer las primeras gotas de lluvia, así que nos damos prisa en llegar a la entrada de la residencia. Las monjas nos habían indicado que debíamos llamar al timbre exterior para que nos abrieran, pero olvidaron explicarnos que a determinada hora de la tarde, durante su cena, debemos pulsar un timbre diferente, así que insistimos varias veces con el botón equivocado hasta que la madre Rosario sale a abrirnos. Justo cuando atravesamos la puerta interior, la tormenta comienza a caer con fuerza. Por una vez en los muchos viajes realizados con mi hermana, no nos ha pillado la lluvia en mitad de ninguna parte.

Esta tarde cenamos unos sándwiches en la habitación y en cuanto anotemos en nuestros cuadernos todo lo acontecido durante el día, nos iremos a dormir.

18 de julio de 1999

Por la Roma Clásica

A las ocho y media bajamos al comedor a desayunar. Este se encuentra en la planta baja, junto a la cocina de inquilinos en cuya nevera dejamos ayer los botellines de agua. El comedor dispone de varios armarios de los que las estudiantes pueden disponer como despensa personal, y tres mesas redondas. En una de ellas encontramos las tazas, unos termos con leche y café, y un par de croissants. Durante el desayuno nos ha acompañado la madre Rosario, que nos ha dado varios consejos para no perdernos nada importante en nuestro paseo de hoy por la Roma.

El autobús nos deja en [Largo Argentina](#). Allí, ubicados en el espacio de una manzana y a un par de metros bajo el nivel del suelo, pueden observarse las ruinas de los tres templos etruscos que son, según nos ha dicho Caridad, los restos más antiguos de Roma.

Y a un par de manzanas, la [Chiesa del Gesù](#) (Iglesia del Jesús). Se trata de la primera iglesia jesuítica de Roma, construida en el siglo XVI en un sobrio estilo barroco, reflejo artístico de la contrarreforma. La fachada de [Giacomo della Porta](#) se divide en dos pisos de distinta anchura, disimulada por dos grandes volutas en el piso superior, y coronada por un frontón triangular. Sirva esta descripción para la mayor parte de las iglesias barrocas que encontraremos en Roma. Pero en realidad poco hemos podido ver de la fachada debido a las obras, y de hecho hemos tenido bastante dificultad para cruzarlas y llegar hasta la puerta.

Por un pasillo abierto entre los andamios hemos alcanzado la única sección visible del interior: el crucero, sobre el cual puede contemplarse el fresco de la cúpula “El triunfo del nombre de Jesús”, añadido tardíamente a los sobrios techos iniciales; y la capilla lateral consagrada a San Ignacio, ricamente decorada y con una imagen del santo en el altar.

Hemos encontrado a un hombre sentado en una silla a la entrada del crucero; suponiendo que se trata de un vigilante, preferimos preguntarle primero si se pueden sacar fotos. Resulta que ni es italiano, ni vigilante, sino un turista latinoamericano tomándose un descanso. Un minuto después nos despedimos de él, después de haber hecho buena publicidad de nuestro país y animarle a visitar Madrid.

La entrada al [Palazzo Venezia](#) está abierta para permitir el acceso del visitante a la terraza interior del segundo piso, a la que se asciende por una gran escalera de piedra. Allí encontramos una cafetería y la entrada de un museo, donde en este momento se exponen obras menores de Bernini de las que nos conformamos con ver las fotos en el puesto de recuerdos.

Es en este edificio y en particular en esta terraza de paredes despintadas, con los andamios de la Iglesia del Gesù de fondo, donde he comenzado a tener la sensación de abandono de Roma.

Los antiguos edificios y palacios romanos, en su mayoría de fachadas ocres o rojizas, presentan la pintura de sus paredes descascarilladas y la piedra casi negra por la contaminación. Y allá donde no hay fachadas descuidadas, los andamios lo cubren todo.

No es un aspecto sucio, porque las calles están bastante limpias de basura; y sin embargo la sensación de viejo – que no antiguo – está impregnada en cada una de las piedras que inundan la ciudad; como si Roma no diera abasto para cuidar de todos sus tesoros. Supongo que una vez concluya el Jubileo del año 2000 y regrese a Roma, redescubriré todos esos lugares ocultos hoy por las obras y me llevaré una impresión muy diferente de la ciudad. En cualquier caso, los andamios no consiguen quitarle un ápice de grandiosidad a esta ciudad que te sorprende en cada esquina.

Al otro lado de la Plaza Venecia, y tras sortear con verdadero temor el tráfico, nos encontramos en los foros romanos. Los foros eran centros políticos y económicos de la antigua Roma, ampliados y engrandecidos por los sucesivos emperadores y que hoy pueden contemplarse caminando por la [Via dei Fori Imperiali](#), desde la Plaza Venecia hasta el Coliseo; y siempre desde una vista superior ya que la ciudad actual se levanta unos tres metros por encima de la Roma imperial.

La Roma original estaba encerrada en una muralla trazada por Rómulo y ubicada en el Monte Palatino. Desde su situación original fue extendiéndose a lo largo de los siglos, recibiendo un gran impulso con Julio César en el siglo I A.C., quien creó el primero de lo que serían los Foros Imperiales y más tarde con Augusto quien llevó a cabo una importante campaña de edificación. Trajano, gran emperador y conquistador del primer siglo de nuestra era, haría construir el más grande e importante de los foros. Tras los incendios del año 64 (en época de Nerón) y del 80, la ciudad hubo de ser reconstruida, en esta ocasión de una manera más regular y funcional. En el siglo III el crecimiento se vio interrumpido ante la amenaza bárbara, que llevó al emperador Aureliano a construir las murallas que llevan su nombre.



El primero de los foros, ubicado en la misma plaza, es el de Trajano. En esta primera parte sólo hemos visto restos de columnas y piedras amontonadas por todas partes, además de la famosa [columna de Trajano](#), realizada en el 113 d. C. y cuyo templete albergó la tumba del emperador. Sus 40 metros de altura aparecen cubiertos por un relieve en espiral que narra las dos campañas en Dacia, y donde Trajano aparece representado más de 60 veces. La estatua del emperador que originalmente coronaba la columna ha sido sustituida por una de San Pedro.

Ya en la [Via dei Fori Imperiali](#), la escultura de cada emperador nos saluda a la entrada de sus respectivos foros. Es difícil saber dónde empieza un foro y termina otro, pero todos son igualmente magníficos. El desnivel al que se encuentran los restos hace muy

fácil disfrutar de los foros sin tener que pagar por entrar en ellos.

Sin cambiar de acera llegamos al [Mercado de Trajano](#), un auténtico centro comercial que no se diferencia mucho de los que tenemos ahora. Tras la explanada de terreno cubierto por hierba que crece entre los mosaicos del suelo y con varias columnas reconstruidas, se levanta una pared cóncava dividida en dos pisos y cubierto cada uno de ellos por arcos que son sin duda los accesos de cada uno de los locales comerciales. El tercer piso, abierto al exterior, no es apenas visible desde nuestra situación. El lugar era utilizado además para la distribución gratuita de alimentos como el trigo al pueblo.

Detrás del mercado podemos ver la alta [Torre de los Milites](#), una de las muchas torres que durante la Edad Media fueron levantadas por familias nobles para defenderse durante las sangrientas luchas internas en busca de poder y tierras.

Cruzar la calle ha sido un auténtico reto, ya que se trata de una amplia avenida en la que no recuerdo haber visto semáforos, sino unos pasos de cebra totalmente desdeñados por los conductores, que los cruzan a gran velocidad. Para atravesar la calle con una mínima seguridad, hay que hacerlo junto con un grupo de peatones en nuestra misma situación. De todas formas el hecho de encontrarnos ya cruzando no hace parar a los vehículos, sino que nos esquivan pasando escasa distancia de nosotras y pegándonos a veces un susto de muerte.

Junto al Capitolio se encuentra el [Foro de César](#). En él se levantan tres columnas, último recuerdo del templo que Julio César hizo construir a Venus, de quien se decía descendiente.

Es sorprendente la historia de este hombre, quizá el más conocido de todos los personajes de la Roma clásica. Gayo Julio César fue sin duda un personaje fundamental para Roma: gran político y soldado, conquistó las Galias para Roma, y a Roma para sí. Con poderes dictatoriales (nunca fue emperador) y título de Pater Patriae (padre de la patria), convirtió a Roma en el centro del mundo (*caput mundi*), realizó importantes reformas, entre las que se incluye el calendario juliano (en el que se basa nuestro calendario gregoriano), y mantuvo un famoso romance con la reina Cleopatra. Sin embargo un año solamente pudo mantenerse en el poder, hasta que una conspiración fraguada en el mismo senado y encabezada por su protegido, Bruto, acabó con su vida.

Marco Antonio, principal partidario de César, mostró su cuerpo acuchillado al pueblo y les leyó su testamento, en el cual legaba dinero a cada ciudadano y tierras para parques. La multitud se apoderó entonces del cuerpo e invadieron el Senado, destrozando muebles para formar una pira funeraria. Comenzaba así la leyenda de este hombre, que sin embargo nunca llegó a emperador.

El siguiente es el [Foro Romano](#), construido en el reinado etrusco y por tanto el más antiguo de todos.

Por la misma acera y llegando ya al Coliseo, hemos encontrado en una pared tres grandes mapas de Europa realizados en piedra en la época de Mussolini, en los que se refleja la expansión del imperio romano.

Y por fin, el [Coliseo](#); grande, imponente... ennegrecido por la contaminación y perjudicado por el constante tráfico que pasa junto a él y que hace peligrar su estabilidad.

Nos ha tocado esperar media hora en la cola y al sol para entrar, pero al menos podemos distraernos con la vista de los “soldados romanos” dispuestos a hacerse una fotografía con los turistas a cambio de unas liras, y los puestos de recuerdos y bebida junto a los que la fila va pasando.

Son muy curiosos los puestos de comida ambulantes, en los que lo mismo se vende pizza caliente que bebida helada. Y es que los botellines de agua están literalmente helados, con lo que a medida que el agua se derrite y bebe, la botella puede rellenarse en cualquiera de las numerosas fuentes de la ciudad y con el hielo mantenerse fría durante mucho tiempo, lo que es de agradecer en un verano tan caluroso. Cuando por fin llegamos a la entrada del Coliseo, descubro que el carnet joven no tiene validez en Italia, ya que los descuentos se hacen únicamente a los niños. Pero al fin estamos dentro, y su visita valdrá sin duda las 16.000 liras que hemos pagado cada una.



El [Anfiteatro Flavio](#), conocido popularmente como [Coloseo](#) o Coliseo por la gigantesca escultura del Coloso que existía antiguamente junto al edificio, fue ordenado construir por el emperador Vespasiano sobre el solar de la [Domus Aurea](#) de Nerón, tratando de cubrir el recuerdo de este impopular emperador, acusado del incendio de Roma y cuyos delirios de grandeza acabaron en su asesinato. Al finalizar las obras, el entonces emperador Tito quiso conmemorar su inauguración con cien días de fiestas en las que participaron cientos de gladiadores y animales.

Lo que más sorprende al acceder al interior del Coliseo es encontrar... o más bien el no encontrar el foso de arena sobre el que toda la vida hemos imaginado a los gladiadores luchando. Debimos pensar mejor en el escenario de un teatro. Un gigantesco escenario elíptico de madera, cubierto por una capa

de arena, que oculta todo un entramado de galerías y ascensores, con los que gladiadores y bestias son ascendidos al centro mismo de la “arena” de la forma más efectista. De todo ello hoy sólo quedan los restos de los muros de piedra que formaron la galería, sobre una tierra reverdecida.

Recorremos la planta elíptica del anfiteatro por los dos pisos de acceso al graderío. Algunas zonas se encuentran completamente destruidas, mientras en otros puntos las gradas se mantienen en muy buen estado. En buen estado, salvo por los graffiti realizados en la piedra por algún vándalo disfrazado de turista. En el piso inferior ha sido colocada una cruz de hierro de un par de metros de altura, que supongo fue puesta allí hace años en un afán de reconvertir todos los edificios paganos.

Desde el piso superior tenemos una estupenda vista de los foros, y del [Arco de Constantino](#). El arco fue construido con elementos robados de otros monumentos, como los medallones de piedra que adornan los tres vanos. En cualquier caso los andamios que lo rodeaban no nos permiten fijarnos en los detalles.

Dejando atrás el Coliseo y los foros, llegamos al [Circo Máximo](#). Cualquiera que haya visto alguna vez Ben Hur puede hacerse buena idea de lo que habría sido este circo en pleno esplendor imperial. Nosotras sólo encontramos una explanada muy grande de hierba, con una pequeña pendiente en donde antes estuvo la cavea o graderío, y un montículo alargado en medio del terreno, único recuerdo de la aguja que un día marcó el centro de la arena.

Poco después llegamos a [Santa María in Cosmedin](#), una pequeña iglesia bizantina del siglo VI poco visible salvo por el alto campanario de ladrillo, así como por la multitud que, agolpada en su porche, espera su turno para fotografiarse en el mismo lugar donde estuvieron, una noche en blanco y negro hace ya muchos años, Gregory Peck y una princesa llamada Audrey Hepburn. Claro que la tradición de visitar [la Bocca della Verità](#) es muy anterior a *Vacaciones en Roma*, pero de esta película proviene todo nuestro interés.

La Bocca es una piedra circular que representa la cabeza de un tritón. Según la tradición si el mentiroso mete la mano en su boca, éste se la morderá; por ello muchos hombres celosos traían a sus parejas a este rudimentario detector de mentiras, para probar su fidelidad, y en la Edad Media muchos acusados eran sometidos al “juicio de Dios”. En realidad se trata de una simple lápida proveniente probablemente de una fuente o tumba.

El porche está lleno de gente, pero como Piluca está interesada en hacerse la foto nos ponemos en la cola. Tenemos que aguantar bastantes empujones y un par de veces me he revuelto enfadada notando que me cogían del bolso – de los bolsos, pues en ese momento sostengo el mío y el de mi hermana.

En cuanto hacemos la fotografía nos marchamos sin siquiera visitar la iglesia. Estamos cruzando la calle hacia los templos de la otra acera, cuando el instinto de Piluca le hace mirar en su bolso y descubre que su cartera ha desaparecido. Enseguida volvemos hacia la iglesia, con un disgusto tremendo por el dinero y la documentación perdida; todavía no hemos llegado cuando nos sale al encuentro una niña gitana, de no más de diez años, con la cartera en una mano y la otra extendida esperando su recompensa. Nos quiere hacer creer que la ha encontrado en el suelo, pero mientras Piluca le asegura muy enfadada que a ella no se le ha caído yo le insisto sobre el dinero desaparecido, ya que sólo hemos encontrado un billete de 2.000 pesetas. Viendo que no va a sacar nada, la niña se ha marchado hacia la iglesia, donde seguramente tendrá más suerte la próxima vez. Porque después Piluca se dará cuenta de que en esa cartera hoy no había metido liras; así que suponemos que la niña, al no sacar nada de dinero de su hurto, ha intentado conseguir algo de su devolución.

Aún algo nerviosas, continuamos hacia los dos templos del otro lado de la calle, por supuesto casi ocultos entre los andamios.

El [Templo o Templo de Hércules](#), también llamado [de Vesta](#) o de las Vírgenes Vestales, es un pequeño templo de esquema griego (Tholos períptero): de planta circular, rodeado por columnas y con un ara – altar– central.

Las vírgenes vestales eran mujeres escogidas entre las jóvenes romanas para encomendar treinta años de su vida a la custodia del fuego que ardía en el centro del templo y que jamás debía apagarse, lo cual supondría su condena.

A su lado, el pequeño [Templo de la Fortuna Viril](#), sigue el esquema clásico romano: planta rectangular y rodeado igualmente por columnas, al que se asciende por unas escaleras en la fachada principal y coronado por un frontón triangular.

En lugar de seguir hacia el río, que se encuentra al otro lado de la calle, volvemos sobre nuestros pasos y seguimos por la amplia avenida que continúa desde el parque del Circo Máximo. Dicha avenida me ha recordado al Paseo de la Castellana por sus muchos carriles, la velocidad de los coches y los frondosos árboles que cubren ambos lados, aunque no había tantos edificios ni peatones.

Un rato de paseo nos lleva hasta las [Termas de Caracalla](#), que deben ser muy grandes según nos imaginamos por la amplia explanada cubierta de ruinas. De todas formas estamos ya bastante cansadas así que decidimos no entrar. En su puerta nos sentamos un poco y aprovecho para jugar con varios gatos que rodean el puesto de comida.

Cualquiera que mire las postales de los quioscos de Roma, se dará cuenta de la cantidad de gatos que aparecen en ellas. Eso me había sorprendido al principio, pero con los días me he ido dando cuenta que Roma - desde las ruinas hasta las puertas de las iglesias - está plagada de gatos, habiendo llegado a contar quince gatos juntos bajo un solo árbol.

De regreso a los foros, nos tomamos un descanso y una bebida fría, antes de entrar en el [Foro Romano](#). A la entrada hay servicios públicos y una fuente de agua fresca donde rellenar los botellines.



Al contrario que el resto de las construcciones que hemos visto, este foro se encuentra en lo alto de una colina, por lo que hace falta entrar para disfrutar de él. Es como entrar en un parque – uno bastante caro –; un enorme parque de suelos de mosaico, restos de columnas diseminadas por la hierba, arcos que albergan cientos de piedras con una ubicación aún por redescubrir, esculturas y fuentes de alrededor de 2.000 años.

Lo primero que encontramos es el [Templo del la Paz](#). Se trata de un gran patio cuadrangular, a unos tres metros por debajo de nosotras, en el que sólo queda la base de las antiguas columnas y en el que cientos de piedras se amontonan junto a las paredes. El resto de las ruinas no es muy diferente; los edificios, o lo que quedaba de ellos, son identificados por una placa de mármol colocada en su pared.

En un extremo encontramos una construcción en bastante buen estado, con pequeños pasajes y salas pero sin tejado. Esta parte está cerrada al público y protegida por una cubierta de uralita para evitar su deterioro, aunque abierta lo suficiente para permitir la mirada curiosa del visitante. Suponemos que se trata de la [Cloaca Máxima](#), obra maestra de los etruscos: un ingenioso sistema de alcantarillado utilizado por los romanos para drenar el Foro.

Al otro lado el paisaje cambia. Dos casas acristaladas de la época barroca ocultan una escalera que desciende por detrás, hasta un mirador desde el que se puede disfrutar de los foros imperiales, inmediatamente contiguos a éste. Me ha llamado sobre todo la atención una basílica que parece haber sido “incrustada” en el esqueleto de un antiguo templo, del que sólo quedan las columnas y la escalera de acceso, de cara al foro, mientras que de cara a la calle presenta el aspecto de una típica iglesia barroca.

De lo que no nos damos cuenta, y no descubriré hasta mi siguiente visita a Roma, es que existe un acceso que une ambos foros y que es posible atravesar para visitar las ruinas de la casa de las Vestales o el templo de César.

Nuestro agradable paseo por el foro ha durado alrededor de una hora. Son más de las tres de la tarde cuando salimos y aún estamos sin comer, así que volvemos hacia la zona comercial de la Via el Corso donde suponemos muchos establecimientos.

Sólo de lejos hemos podido ver el [Arco de Trajano](#), típico lugar escogido para las fotos nupciales. Un arco por el que sin embargo ningún judío pasará, ya que sus relieves históricos, en los que destaca el candelabro de 7 brazos glorifican la victoria, o la matanza, que llevó a cabo el emperador contra Israel.



Casi de casualidad, porque ya nos habíamos olvidado de ella, encontramos la [Cárcel Mamertina](#), ubicada bajo la iglesia de San Giuseppe dei Falegmani, junto del Capitolio y a cuya entrada sólo piden un donativo. Es una pequeña cárcel excavada en la roca, donde encerraban condenados a muerte. Estando presos aquí S. Pedro y S. Pablo bautizaron a algunos conversos con el agua de una fuente que brotó milagrosamente.

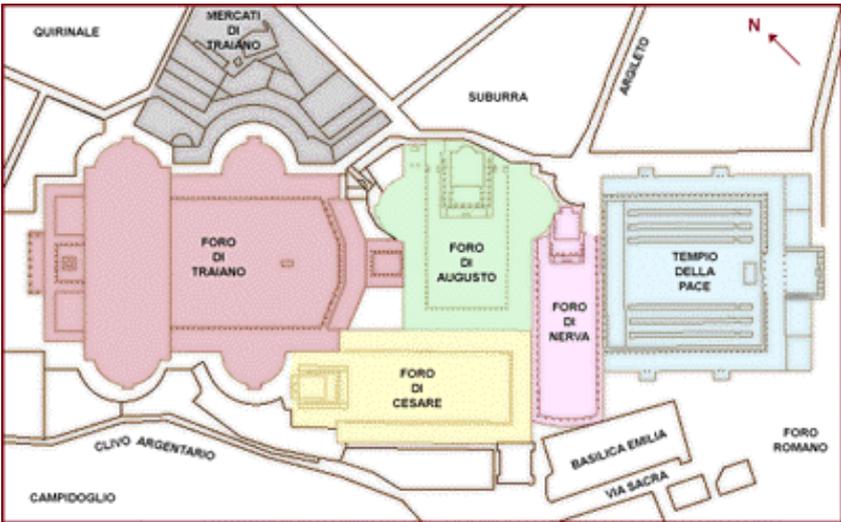
Se dice que un ángel liberó a San Pedro de sus cadenas, tras lo cual huyó de Roma hasta que un encuentro milagroso en la Via Appia le hizo volver a cumplir su destino.

El lugar elegido para comer ha sido la pizzería Spizzico, de la cadena Autogrill, autoservicios que se están introduciendo en España a través de las gasolineras. Lógicamente no esperábamos encontrar pizzerías americanas en Roma, pero es que salvo por los dos establecimientos Autogrill que veremos, en Roma sólo parece haber McDonald's.

Como ya es tarde cuando terminamos la comida, decidimos dejar el Panteón y ver únicamente [Santa Maria Maggiore](#) (Santa María la Mayor), que está de camino hacia la residencia. De paso por la Plaza Venecia, entramos en las dos iglesias junto al foro de Trajano, la [iglesia de los Santos Apóstoles](#) y la del [Nombre de María](#), pero sin demasiadas ganas de más iglesias.

No ha sido fácil dar con Santa María la Mayor; tras muchas vueltas, la larga recta final consiste en una calle con innumerables subidas y bajadas hasta ascender al monte donde se encuentra la iglesia, que para colmo está cerrada. A un lado de la iglesia se levanta un obelisco para indicar su posición, y al otro lado, la forma de la fachada principal queda disimulada por el palacio anexo. Como otras muchas iglesias de Roma, tiene además un alto campanario de estilo bizantino que contrasta con la gran fachada barroca.

La estación Termini está muy cerca, así que desde allí cogemos el autobús de vuelta a la residencia. Aunque todavía son las ocho de la tarde, creo que no podríamos haber aprovechado más ni mejor el día. Ahora sólo queda preparar el itinerario del día siguiente, cenar un sándwich, y descansar.



19 de julio de 1999

El Vaticano

El Vaticano recibe miles de visitantes diariamente, por lo que conviene ir a primera hora si se quiere llegar cuando todavía no haya demasiada gente. Hemos cogido un autobús hasta la plaza Navona y desde allí otro hasta la Plaza de San Pedro.

Aquí todos los billetes del transporte público tienen el mismo sistema de validez por tiempo. Existen, por ejemplo, abonos válidos para una semana, y el normal tiene una validez de 45 minutos desde el momento en que se pica el billete al entrar en el autobús; de ese modo podemos coger todos los autobuses que queramos antes de que se cumpla el tiempo. La teoría es buena, pero la práctica no resulta tan sencilla si tenemos en cuenta que no es raro esperar media hora en las paradas romanas.

Antes de continuar sería bueno una pequeña introducción a la historia del nuevo estado que estamos a punto de visitar, y en particular de su basílica.

Tuvieron que pasar siglos de lucha, hasta que en 1929 el Papa Pío XI y Mussolini acordaron la creación del Estado del Vaticano, a la vez que la aceptación por parte del Papa del estado romano. Dicho momento fue conmemorado con la [Via della Conciliacione](#), amplia avenida que une la Plaza de San Pedro con el río Tíber.

Una muralla marca los límites del Estado Vaticano, el más pequeño de Europa, si bien tiene en Roma otras tres basílicas patriarcales que gozan de extraterritorialidad: San Giovanni in Laterano, San Paolo Fuori le Mura y Santa Maria Maggiore, así como el Castel Gandolfo y el Palacio de la Cancillería. Su escudo, dividido en dos colores, amarillo y blanco, muestra la tiara papal y las llaves de San Pedro. Pese a su tamaño, dispone de su propia ciudadanía, justicia, ejército, moneda y medios de comunicación.

La guardia suiza protege al Papa desde 1505, año en que Julio II creó una guardia personal permanente compuesta por 200 suizos. Vistoso es su uniforme rojo, negro y amarillo, que no ha cambiado en cuatro siglos y medio.

La historia de la [Basílica de San Pedro](#) resulta mucho más larga, remontándose al siglo IV de nuestra era.

El *Alger Vaticano*, la llanura comprendida entre las colinas vaticanas y el Tíber, era un lugar pantanoso y poco poblado. Allí se encontraba el circo de Calígula y Nerón, y allí fue donde, en el año 64 D.C., fue martirizado San Pedro, sobre cuya tumba comenzaron los grandes cambios. En el año 313 el emperador Constantino hizo construir una basílica sobre ella. Desde el siglo VIII, la gran afluencia de peregrinos de toda Europa que acudían a rezar a las tumbas de los apóstoles y los mártires, hizo que la zona sufriera un crecimiento continuo: monasterios, residencias para peregrinos, el palacio imperial de Carlomagno, la nueva residencia pontificia, y la multiplicación de viviendas alrededor. Al mismo tiempo la basílica iba sufriendo su propia transformación, desde la Edad Media a las grandes obras barrocas, hasta llegar a lo que hoy conocemos como el Vaticano y la Basílica de San Pedro.

Durante el tiempo que el pontificado se trasladó a Avignon, la vieja basílica constantina quedó abandonada y en un estado ruinoso, por lo que a su regreso hubo que dedicarle algo más que una simple reparación. Julio II encargó entonces a Bramante el diseño de una nueva basílica, que después continuarían otros como [Rafael de Urbino](#) y [Miguel Ángel Buonarroti](#). Éste mantuvo el proyecto de [Bramante](#) de una planta de cruz griega, con una enorme cúpula central por la que entrara la luz, pero añadió un pórtico que señalaría el eje principal de la iglesia. Más tarde [Carlos Maderno](#) se encargó de la fachada barroca, realizada en sentido horizontal para no quitar importancia a la cúpula de Miguel Ángel; sin embargo consiguió el efecto contrario, ya que da la sensación de que la iglesia es más baja.

La [Plaza de San Pedro](#) es un gran teatro sobre el que [Gianlorenzo Bernini](#) demostró sus conocimientos escénicos. Para dar mayor amplitud a la fachada de Maderno, ocultar los irregulares edificios que rodean San Pedro y permitir que el mayor número de fieles pudiera ver al papa durante la bendición Urbi et Orbe, Bernini diseñó una plaza llena de efectos visuales que le dieran sentido espacial de mucha amplitud y monumentalidad. La entrada a la basílica, de planta trapezoidal, parece sin embargo cuadrada y se abre a una plaza elíptica rodeada por una cuádruple columnata, que sería la obra más importante del artista. En los dos centros de la elipse, a ambos lados de las fuentes, hay dos discos de mármol desde los cuales las tres columnas posteriores de ese lado de la elipse parecen desaparecer tras la primera hilera. El obelisco del centro de la plaza, entre las dos fuentes, representa los cuatro lados de la Iglesia. Proviene del circo de Nerón y fue instalado en el siglo XVI en el punto donde se dice fue crucificado San Pedro.



Cuando llegamos, la plaza es ya punto de reunión de cientos de persona, de aspecto de lo más variado. Desde los típicos turistas que no podían evitar parecerlo, hasta grupos de religiosas que aún con ropa de calle son claramente reconocibles. Curas con sotana y religiosas de piel oscura y sari rosado; europeos, americanos, asiáticos... y nosotras.

Los andamios cubren la fachada de San Pedro, permitiendo únicamente la lejana visión de las esculturas de los apóstoles que la coronan. Una valla con un solo acceso y guardada por varios hombres trajeados, divide la plaza de la entrada de la basílica. Allí todo visitante debe pasar un examen de vestuario adecuado para entrar en la basílica. Aquí es donde he hecho uso por primera vez de la camisa negra que llevo desde el primer día en el bolso, ya que suponía no me iban a dejar entrar con mi camiseta de tirantes. La misma razón por la que preferí dejarme todos mis pantalones cortos en Madrid.

Paso sin problema el control de acceso pero entonces me doy cuenta de que mi hermana no me sigue. La han detenido en la entrada. Es decir, le han prohibido el acceso por su vestuario indecoroso. Y eso no debería ser más que una simple anécdota puesto que como ella muchas personas están siendo rechazadas en la puerta. Pero es que estamos hablando de Piluca, ¿sabéis? Y que a Piluca, con su forma de vestir tan discreta y sobria, vea prohibido su acceso, no deja de tener su gracia. No, en realidad tiene mucha gracia.

Claro que a Piluca la cosa no le parece tan graciosa, y se queja diciendo a los vigilantes que hemos venido desde España... a lo que yo debo interrumpirla preguntándole “¿y de dónde te crees que ha venido toda esta gente?”

De todas formas, un rápido vistazo a la gente que entra nos ha dado la solución: pañuelos que cubren los hombros y usados como pareos para cubrir las rodillas. Así que nos acercamos a una de las tiendas de recuerdos al otro lado de la plaza, donde se ha comprado un pañuelo, y con él volvemos a la basílica.

Tras cruzar la entrada andamiada, llegamos a la nave central. Y la primera impresión que tengo del interior de la basílica es que me ha dejado, literalmente, sin aliento. He tenido la oportunidad de ver algunas de las más grandes obras religiosas de Europa, de estilo en su mayoría románico-gótico. Creo que ha sido la gran diferencia entre esta basílica barroca – ni siquiera es catedral – con las otras lo que me ha impresionado tanto. Las catedrales góticas, de grandes muros y coloridas vidrieras, ofrecen un aspecto austero y oscuro. La iglesia barroca, si bien pretende dar una sensación de austeridad, es en

cualquiera de sus esquinas un lujo de color y vida. Todo en San Pedro resulta monumental y de materiales resistentes a fin de dar testimonio del carácter eterno de la Iglesia. Al mismo tiempo los haces de luz blanquecina inundan la basílica e iluminan las esculturas confiriéndoles un aire místico.



En una capilla lateral cercana a la entrada encontramos la famosa [Pietà](#) que Miguel Angel esculpió a sus 25 años. Poco podemos acercarnos para contemplarla debido al cristal blindado que la cubre desde que un loco la atacó hace varios años, pero sobre todo por los andamios que la rodean.

Y más allá de los mosaicos del suelo, de los mármoles multicolores de las paredes y pilares, de los lejanos arcos y bóvedas cubiertos con casetones dorados, y más allá de las esculturas de santos, papas y ángeles de las paredes, los ojos cruzan todo rápidamente hacia el final de la gran nave central, en el crucero, donde la luz que penetra por la cúpula se funde en el magnífico baldaquino.

El altar se encuentra bajo un gigantesco baldaquino de bronce realizado por Bernini y que supuso el punto de partida del barroco italiano. Fueron utilizados ornamentos de bronce del Panteón para construir las columnas salomónicas de fuste retorcido y divididas en tres decoraciones, y el palio que parece de tela. El templete es abierto para que nada tape el ábside en el que Bernini realizó la [Catedra Petri](#), una especie de púlpito relicario bañado en oro del trono de madera que se cree fue la auténtica cátedra de San Pedro, rodeada por los cuatro doctores de la Iglesia y coronada por una gloria: una multitud de figuras de bronce que rodean una vidriera en la que resplandece el Espíritu Santo en forma de paloma.



En los cuatro pilares que sujetan la cúpula se abren hornacinas con esculturas de Santos. A los pies de dos de los pilares accede a la cripta de los papas. Bajamos por una escalera hasta una estrecha galería de paredes blancas a la que se abren pequeñas salas cerradas por rejas, en las que pueden verse tumbas o pequeños altares, algunos bastante antiguos y otros aparentemente de este mismo siglo. En el centro de la galería encontramos las tumbas de los papas, entre las que destaca por su sencillez la tumba de Pablo VI, consistente en

una simple lápida de mármol, que apenas sobresale del suelo, completamente lisa salvo por la inscripción de su nombre. Allí abajo y a través de un cristal hemos podido ver lo que se halla en la base del baldaquino, el lugar donde descansaba la tumba de San Pedro.

De vuelta a la basílica descubrimos la estatua medieval del apóstol San Pedro, de color negro, y con el pie desgastado por los besos y manos de los creyentes.

Una puerta en la nave lateral da acceso a la cúpula, cuyo ascenso se realiza en dos etapas. En la primera y tras pagar 8.000 liras hemos subido en ascensor hasta el tejado. Allí, como en una terraza, la gente puede disfrutar de las vistas – de la ciudad o de la cúpula –, ir al servicio, comprar algún recuerdo en la tienda de souvenirs o enviar una postal por correo; sólo falta una cafetería y un buen rincón a la sombra para ocultarse de tan calurosa mañana.

La segunda parte consiste en el ascenso a pie por el interior de la cúpula. Ha sido una experiencia única, sobre todo porque no creo que vuelva a realizarla en mi vida. No es un ascenso muy recomendable para personas claustrofóbicas o con miedo a las alturas como yo. Pero por una vez en la vida, ha valido la pena.

Nada más entrar en la cúpula, accedemos un pasaje que rodea la pared interna de la cúpula, gracias a lo cual podemos tocar los mosaicos de sus paredes y asomarnos, a través de una malla de protección, al crucero, al baldaquino que ahora parece tan lejos, y a las diminutas personas que se mueven como hormigas allá abajo. Como es imposible hacer una foto a través de la valla, he levantado los brazos por encima de ella, y sin saber dónde apunto, hago la foto, esperando que no se me caiga la cámara de las manos y que salga, al menos, un trozo del baldaquino.

Sólo la mitad del pasaje está abierto a los visitantes, de modo que no podemos dar la vuelta a la cúpula para completar la lectura de la frase en letras doradas escrita en toda su circunferencia: *“Tú eres Pedro, y sobre esta piedra construiré mi Iglesia y te daré las llaves del reino de los cielos”*.

Entre la pared interior de la cúpula y la exterior, discurre una escalera de 320 escalones que asciende hasta la linterna. Los pasajes son cada vez más estrechos, curvos y oscuros, con únicamente dos pequeños vanos en todo el ascenso; escaleras por las que apenas pasa una persona, y paredes que a veces se inclinan siguiendo la inclinación de la cúpula. Y yo, cada vez más agobiada, sigo adelante sólo porque sé que me sería imposible retroceder, habiendo gente subiendo detrás de mí.

Tras un ascenso interminable hemos llegado a la linterna, remate final de la cúpula por la que entra la luz central, y bastante grande para dar cabida a la veintena de visitantes que ahora disfrutan de las mejores vistas de Roma: a un lado, la Plaza de San Pedro, la larga Via della Conciliazione que la une con el río, y después Roma, hasta desaparecer en una fina neblina. Y al otro lado, los jardines y algunos palacios vaticanos, las colinas vaticanas. Y alrededor de todo, la muralla.

Yo no he podido disfrutar mucho de las vistas; el temblor de las piernas y la perspectiva del descenso por un camino simétrico no me permiten relajarme. Sin embargo una vez en marcha, el saber lo que me espera tras cada curva lo ha hecho más fácil y rápido, y cuando me he visto frente al ascensor me parece mentira.

Con la visita a la cúpula ponemos fin a nuestra visita a la basílica, y una vez de regreso a la plaza de San Pedro, compramos unos refrescos y nos sentamos a la sombra de la columnata a descansar.

Llegar a los [Museos Vaticanos](#) no ha sido difícil, ya que si bien la entrada no está junto a la basílica – como habíamos creído – unas señales amarillas nos guían, a nosotras y a cientos de personas más, hacia allí. Hemos tenido que esperar media hora en la cola que se forma en plena calle, por la acera que bordea la alta muralla de ladrillo del Vaticano y sin apenas una sombra para protegernos del sol. Y cuando por fin llegamos a la puerta de entrada, descubrimos que la cola continúa ascendiendo por la hermosa escalera helicoidal. Por supuesto, para entrar es imprescindible un vestuario similar al de la basílica.

Los Museos Vaticanos son parte de los palacios vaticanos, que con el paso de los distintos papas han ido creciendo progresivamente en tamaño y magnificencia. Grandes artistas, bajo el mecenazgo de uno u otro papa, dieron a estos palacios el esplendor y riqueza que hoy los visitantes, por 16.000 liras, pueden disfrutar. Obras de Rafael de Urbino, Miguel Angel Buonarrotti, [Caravaggio](#), [Pinturicchio](#) y [Fra Angelico](#), entre otros, se entremezclaban con las obras clásicas, formando con las vajillas y elementos eucarísticos expuestos en vitrinas, el tesoro vaticano.

Aunque los museos son magníficos, la verdad es que me han decepcionado un poco ya que esperaba encontrar un *Museo del Prado*... y ha resultado ser un *Palacio Real*. Su verdadero tesoro no son las obras de arte acumuladas bajo su techo, sino esos mismos techos y las paredes de las innumerables galerías que convierten a este gran palacio en el mayor museo del mundo.

A la entrada del museo hay un cartel con cuatro círculos de distintos colores, con las letras A, B, C y D. Cada uno de ellos indica un recorrido de hora y media, tres, tres y media y cinco horas de duración respectivamente. Nosotras hemos optamos por el B, asumiendo que será sencillo seguir las señales. Sin embargo, una vez dejamos atrás la primera indicación, no hemos vuelto a ver ninguna otra señal, y tardamos sólo dos horas y media en hacer un doble recorrido por todas las salas que encontramos, sin saltarnos una sola.

La pinacoteca no es demasiado grande, pero destacan en ella algunos grandes cuadros; como las tres obras de Rafael expuestas tras una gran vitrina en una sala de paredes oscuras; el cuadro central, “La Transfiguración”, fue la última e inacabada obra del artista.

Hay salas destinadas a un tipo determinado de arte, como la sala egipcia – cerrada temporalmente –. En las salas de escultura clásica, se exponen sobre todo bustos y otras esculturas en mejor o peor estado; entre ellas, algunas tan famosas como “El torso de Belvedere”, el “Laoconte”, y “El Nilo”, todas ellas de influencia [helenística](#).

Pero en su mayoría son las salas, con nombre propio, las auténticas obras de arte. Grandes telas cubren las largas paredes de la Sala de los Tapices. La Galería de los Mapas, del siglo XVII, muestra a lo largo de sus interminables paredes los territorios dependientes de la Santa Sede; todo ello bajo un luminoso techo dorado. Y en la Biblioteca se exponen en vitrinas libros muy antiguos, algunos de ellos realmente grandes.



Es imposible detenerse a contemplar cada uno de los detalles de las salas, y es por casualidad como descubrimos algunas de las cosas más bellas. En una de las salas me he encontrado contemplando un fresco rodeado por una moldura dorada como si fuera el marco de un cuadro. La pintura representa una estancia de mármoles multicolores y perspectivas con un lejano punto de fuga: en el centro la imagen de Cristo clavado en la cruz; y frente a él una escultura clásica rota en pedazos. Se trata de la alegoría del Cristianismo contra el Paganismo, y para descubrir tal pintura he tenido que sentarme en un banco y mirar al

techo.

Un rato después, mientras espero a Piluca que ha ido al servicio, vuelvo sobre mis pasos a una sala que hemos pasado sin mirar siquiera porque está en obras. Y de repente me encuentro frente a Platón enfrascado en una conversación filosófica con Aristóteles. Es lo único que se ve, entre los andamios que cubren la pared, de una de las principales obras del pintor Rafael: La Escuela de Atenas.

Un repetitivo mensaje por los altavoces nos anuncia la cercanía de la [Capilla Sixtina](#), advirtiéndome en varios idiomas que en su interior no está permitido hacer fotos o filmaciones, ni hablar. Toda la emoción que supone para nosotras llegar a esta capilla, se escapa cuando nos encontramos en su interior con tanta gente que apenas se ve el suelo. Por supuesto la gente no está en silencio, y por supuesto los flashes se disparan continuamente hacia el techo. En él, justo sobre nuestras cabezas, el dedo de Dios se une al de Adán mientras a su alrededor se crea el universo.

Julio II encargó a Miguel Ángel la decoración de los techos de la Capilla Sixtina, que antes estaban pintados de azul con estrellas doradas. Al parecer el artista realizó este trabajo para la remisión de sus pecados. Tardó cuatro años (1508 – 1512) en pintar los 1.000 m² de techo completamente solo, y durante ese tiempo prohibió el paso a todo el mundo. Se dice sin embargo que Rafael debió colarse ya que se nota la influencia de Miguel Ángel en su obra.

Las escenas del techo están separadas por pinturas de medallones e ignudi, figuras desnudas casi mitológicas. Las figuras se retuercen en escorzos muy fuertes llegando al serpentinato, con unas proporciones a veces exageradas. Dichas características, que harían de Miguel Ángel el primer manierista, se acentuarían con los años. En su Juicio Final, ejecutado más de 20 años después en una de las paredes de la capilla, su estilo ha cambiado con un manierismo muy desarrollado: color blanquecino poco natural, desproporción de las figuras y difíciles escorzos. En el centro de la escena, la figura de Cristo, cuya desnudez provocó un escándalo, da una sensación de gran fuerza; a su lado los santos, y debajo el caos, que es el infierno, en el que representó a algunos de sus enemigos. La Virgen, al lado de Cristo, es la única que parece no tener nada que ver con lo que ocurre a su alrededor.

Otros artistas representaron, en cada una de las paredes laterales, la vida de Cristo y la de Moisés.

La última planta es de arte moderno, y lo que más nos ha llamado la atención han sido unas casullas multicolores que bien podrían haber sido diseñadas por Ágata Ruiz de la Prada.

Cuando alcanzamos la salida, no podemos creer que ya lo hayamos visto todo, pero tras un segundo recorrido igualmente breve hemos llegado a la conclusión de que, o bien somos un desastre orientándonos, o bien no hay realmente nada más que ver.

Cuando salimos son más de las tres y estamos cansadas y bastante hambrientas. Por ello nos hemos pasado casi media hora buscando el McDonald's que camino del museo habíamos visto anunciar "a 100 metros".

Tras una agradecida comida y descanso, nos encaminamos hacia el Tíber. En nuestro camino pasamos junto a una librería, y como yo quiero comprarme un libro en italiano, entramos a curiosear. Andaba buscando algún clásico, pero he acabado con una novela inglesa que ya he leído cinco o seis veces en mi vida: "Il Ritorno de Tarzan", segunda parte de "Tarzán de los Monos".

El Tíber, en italiano [Tévere](#), fue en un tiempo un río navegable, pero hoy está contaminado y abandonado a su suerte, salvo por un pequeño grupo de personas conocido como "los amigos del Tíber" que tratan de recuperarlo sin demasiado éxito.

Seguimos el curso del río hacia el [Castello de Sant Angelo](#), y aunque está a un par de manzanas, las curvas del cauce convierten el camino en un largo paseo.



El Castillo del Santo Ángel es una fortaleza de ladrillo, construida sobre el antiguo [Mausoleo de Adriano](#), y coronado por la estatua de un ángel. La muralla pentagonal que rodea el castillo servía para protegerlo durante las guerras papales, en las que el Papa debía defender su territorio de los demás señores feudales.

La mejor vista del castillo se disfruta desde el [Puente de Los Angeles](#), un hermoso puente peatonal lleno de

estatuas de ángeles de dos metros de altura.

Dejando atrás el Vaticano y el Tíber, damos por bien aprovechada y finalizada nuestra excursión de hoy, y aunque aún es temprano cogemos el autobús para regresar a la residencia, parando en una tienda que está cerca de la parada de autobús para comprar unos refrescos.

Al llegar a nuestra habitación nos hemos encontrado con una familia española que ha llegado hoy a la residencia: un matrimonio con su hija que han venido a pasar unos días de turismo a Roma.

Ponemos nuestros "diarios" al día, hacemos las cuentas y planificamos el viaje del día siguiente. Después cenaremos algo y nos acostaremos pronto, para leer un rato antes de dormirnos. Y entonces descubriré lo sencillo que resulta entender el italiano de mi libro; aunque supongo que el conocer la historia de memoria me ayudará bastante.

20 de julio de 1999

Por los templos paganos y cristianos

El plan de hoy consiste en visitar toda la zona del Panteón y la Plaza Navona, para después subir hacia la Plaza del Pueblo. Según las indicaciones de Rosario, tendremos mucho que ver entre estos puntos.

El autobús nos deja en la Plaza Venecia, y enseguida llegamos a la primera iglesia, dedicada a [San Ignacio](#).

La iglesia de los jesuitas es sin duda una de las más sorprendentes de Roma. Cruzando la fachada barroca nos adentramos en la iglesia, cubierta por una gran bóveda... de andamios. Nos dirigimos hacia el altar con los ojos en alto en dirección a la cúpula, decorada con sencillas columnas entre las ventanas, cubierta por casetones y culminada por una linterna por la que la luz entrante no llega a iluminar apenas.

Ya sabíamos lo que nos íbamos a encontrar, por lo que no nos sentimos demasiado sorprendidas cuando, avanzando hacia el altar sin dejar de mirar hacia arriba, la anterior perfecta perspectiva de la cúpula se va convirtiendo en una arquitectura imposible, mostrándonos lo que en realidad es: la pintura de una cúpula sobre un techo plano, que el padre Andrea realizó en el siglo XVII ante la falta de dinero para realizar una cúpula auténtica.

Nos encontramos en plena contemplación de la cúpula cuando un jesuita, un hombre de cabellos blancos y sotana negra, se acerca a nosotras haciéndonos señas disgustado. Lo primero que he pensado es que me recrimina la camiseta de tirantes y me apresuro a ponerme encima la camisa, pero no se trata de eso. El hombre, que ha resultado ser un cura español muy simpático, nos indicará cómo descubrir la ilusión de la cúpula y lo poco que queda a la vista de la bóveda, en cuyo decorado se incluyen unas falsas columnas que parecen prolongar las paredes hasta el cielo. Un punto de mármol amarillo en el suelo de la nave indica el punto idóneo para captar la perspectiva correcta.

A un par de manzanas encontramos el [Pantheon](#) (Panteón), encerrado entre construcciones y abierto a la pequeña plaza peatonal “della Rotonda”, llena a su vez de mesas de varias cafeterías, que llegan casi hasta el obelisco egipcio del centro de la plaza.

El Panteón no es un templo tradicional; de hecho es el único que existe de estas características. Fue ordenado construir por Agripa en el año 27 A.C. y dedicado a todos los dioses. De esa época y de su fachada rectangular sólo conserva el pórtico, ya que Adriano lo reformó, haciendo una nueva naos de planta circular. Su altura y diámetro son los mismos: 43,30 metros. Todo el techo de la nave es una gigantesca cúpula con una única abertura central, un ojo de buey por el que la luz entra como en un reloj solar. El peso de la cúpula, en parte atenuado por casetones, se descarga sobre un muro de seis metros de espesor formado por ladrillo y hormigón. Poco queda de la original decoración romana, ya que la reconversión en un templo cristiano cubrió las paredes de capillas de mármol y tumbas de personajes tan importantes como los reyes Víctor Manuel II y Umberto I, así como la del artista Rafael de Urbino.

El enorme pórtico está formado por ocho columnas monolíticas de granito, bajo un gigantesco frontón al que en el siglo XVII Bernini añadió dos campanarios; campanarios que Pasquino, de quien hablaremos más adelante, describió como “las orejas de burro de Bernini”, y que fueron derribados dos siglos después.

Cerca encontramos la [Iglesia de Sopra Minerva](#), la única de planta ojival que existe en Roma, levantada por los dominicos sobre un templo dedicado a la diosa Minerva. Las reliquias de Santa Catalina,

patrona de Italia, se encuentran en un sarcófago bajo el altar mayor. Pero lo más destacado de esta iglesia barroca es la sencillez de la tumba del dominico Fra Angelico, así como el famoso Cristo de mármol junto al altar, esculpida por Miguel Angel en el siglo XVI y al que posteriormente se le añadió un púdico paño de bronce para cubrir su desnudez.

Por fin llegamos a la [Piazza Navona](#), uno de los lugares más populares de la ciudad. Es una plaza peatonal con la forma alargada de la arena del circo romano que en el siglo I ocupaba este lugar. Como ya va siendo normal en Roma, no hay planta alguna decorando la enorme explanada de piedra; únicamente tres fuentes que apenas podemos ver tras sus respectivos andamios. La central es la [Fontana dei Fiumi](#) (de los cuatro Ríos), en la que Bernini representa a los que en el siglo XVII se consideraban los cuatro grandes ríos: el Danubio, el Río de la Plata, el Ganges y el Nilo; éste último es representado por un hombre que cubre su cabeza con un paño, refiriéndose al origen desconocido del río. Las cuatro figuras humanas se apoyan sobre una roca hueca en el centro, para permitir la vista del otro lado y dar una sensación de ligereza, pese a sostener en el centro un gigantesco obelisco procedente de algún monumento de la Roma clásica.

Los rostros de las figuras están vueltos hacia la Iglesia de [Sant' Agnese in Agone](#) (Santa Inés) – iglesia nacional de Francia – obra del rival de Bernini, [Borromini](#), como si temieran que la fachada se les fuera a venir encima. Santa Inés fue una mártir del siglo III que murió a los 12 años. Cuenta la tradición que cuando la niña fue expuesta desnuda, sus cabellos crecieron milagrosamente hasta cubrir su desnudez y un ángel descendió del cielo con un vestido blanco. Condenada a ser quemada viva, sus plegarias apartaron de sí las llamas de la hoguera, por lo que finalmente el verdugo le clavó un cuchillo en la garganta.

Hoy la plaza Navona está llena de cafeterías, puestos de souvenirs y cientos de paseantes. Pero hasta el siglo XIX fue escenario de las “naumaquias”, diversiones náuticas consistentes en inundar la plaza, obturando los desagües de las fuentes, creando un inmenso estanque por el que jugaba la gente y pasaban los carruajes. Más adelante me enteraría de que estos “*carros navales*” fueron el origen de la palabra “*carnaval*”.

No prestamos mucha atención al resto de los edificios, y nos adentramos en las complicadas callejuelas que rodean la plaza en busca de una estatua. La encontramos en la plaza de los Libreros, llamada así por ser ubicación de muchos editores y libreros. Ha resultado ser una escultura clásica de la que queda poco más que el busto, colocado sobre un pilar. Pero la importancia de esta obra reside en ser la primera de las estatuas parlantes de Roma, convertida en tal cuando un hombre llamado [Pasquino](#) comenzó a pegar en ella octavillas de crítica contra los papas, Bernini y todo lo que se le ocurriera. La idea se extendió y las estatuas de Roma se llenaron de mensajes, convirtiéndose en “estatuas parlantes”. También nosotras hemos encontrado papeles pegados a la pared y a la estatua, si bien han perdido su original espíritu de crítica social.

A Pasquino debe su nombre la estatua y deben su nombre también los pasquines que con el mismo fin siguen redactándose hoy.

La [Chiesa Nuova](#) (Iglesia Nueva) se encuentra en la calle Víctor Manuel II, que une la Plaza Venecia con el río. Pese a su cercanía, hemos tenido que dar un largo rodeo hasta encontrar el camino. La iglesia guarda en su interior obras de grandes artistas: los frescos de [Federico Barocci](#) – a cuyo nombre quizá deba su nombre el Barroco – y [Pietro da Cortona](#); cuadros de [Rubens](#) en el altar mayor, y la copia del “Descendimiento” de Caravaggio, cuyo original fue trasladado al Vaticano. Al lado de la iglesia está el [Oratorio de los Filipinos](#), realizado por Borromini en ladrillo en lugar de en piedra para no rivalizar con la iglesia; y frente a las dos fachadas, la fuente conocida como [Fontana della Terrina](#), por su curioso aspecto en forma de sopera cubierta.

Nuestro siguiente objetivo es [Santa Maria della Pace](#), pero desistimos tras andar y desandar el camino varias veces buscándola, pese a que según el plano está pegada a la Plaza Navona. Dejamos esta zona y nos encaminamos hacia el norte. Entramos en la iglesia de [San Lorenzo in Lucina](#), iglesia fundada en el siglo V en el lugar de la casa de una antigua matrona romana, Lucina, que compraba los restos mortales de los mártires para enterrarlos dignamente. La iglesia ha sufrido muchas reformas, pero todavía conserva su techo plano de madera original. Por otro lado, destaca en la posterior decoración barroca, la capilla Fonseca realizada por Bernini.



Nos desviamos hacia el río, donde yo estoy impaciente por encontrar el [Ara Pacis](#).

Este Altar de la Paz fue realizado en el 9 A.C., para conmemorar la victoria de Augusto en las Galias e Hispania. Sus restos fueron descubiertos en el siglo XVI, pero no fue hasta los años treinta que comenzó su reconstrucción, en este nuevo emplazamiento y protegido por una enorme vitrina de cristal y hormigón para protegerlo de la intemperie.

Se trata de un pequeño templo de mármol rectangular, con dos accesos en los extremos a los que se accede por una escalera. En el interior sólo queda espacio para un pasillo que rodea el altar central, al que se asciende por tres peldaños, y una pared sencillamente decorada por guirnaldas. La fachada exterior se divide en dos frisos con relieve: el inferior con decoración de candelabro (ramificaciones que salen de un vástago central), y el superior que representa escenas de la consagración del rito.

A su lado y en muy mal estado encontramos el [Mausoleo de Augusto](#). Es como una enorme tarta de dos pisos, hecha en ladrillo y adornada en cada uno de sus pisos con árboles y plantas en lugar de velas. Hay que descender unas escaleras – las que nos llevan, como siempre, al nivel de la antigua Roma – hasta alcanzar la gigantesca entrada protegida por una reja y tras la cual sólo se ve oscuridad.

Dando una vuelta alrededor de su planta redonda, y el olor que percibimos nos ha llevado a la conclusión de que la antigua tumba del emperador Augusto se ha convertido en zona de recreo para perros. Pero entre su abandono en la Edad Media y el que sufre actualmente, el mausoleo disfrutó de otras vidas, siendo fortaleza de la familia Coloma, plaza de toros en el siglo XVIII y sala de conciertos en el XIX.

Comemos en un McDonald's de la plaza de España – no tenemos ánimo para buscar otro sitio –, y después nos encaminamos hacia la [Piazza del Popolo](#), una gran plaza adoquinada, por supuesto sin una sola planta, y adornada con un obelisco egipcio.

En un extremo los andamios ocultan la [Puerta Flaminia](#), antigua entrada norte de la ciudad.

Y a su lado, [Santa Maria del Popolo](#), de estilo gótico pero con gran influencia barroca. Lógicamente, al ser el Barroco el arte de la contrarreforma y Roma su cuna, este estilo siempre dominaba sobre cualquier otro. Lo más destacado de su interior son los tres cuadros de la Capilla Cesari: "La Asunción de la Virgen", de Carracci, "La Crucifixión de San Pedro" y "La Conversión de San Pablo", de Caravaggio.

Ambos pintores tienen gran importancia por ser los iniciadores de las dos corrientes del barroco: El clasicismo de [Annibale Carracci](#) pretendía representar la realidad no como es sino como debería ser, justo lo contrario que el naturalismo de Caravaggio. Este último fue además creador del tenebrismo, reflejado en estos cuadros sin fondo y de grandes contrastes de luz que iluminan la figura de forma

artificial, dando mayor sensación de religiosidad. Consigue además en San Pablo un escorzo fortísimo al representarlo caído del caballo.



Dos fuentes limitan la plaza al este y al oeste; tras esta última una calle asciende serpenteando hasta el alto mirador que es la entrada al [parque del Pincio](#). Damos un breve paseo por el parque, sentándonos unos minutos en un banco a la sombra, disfrutando de las fuentes y comprobando los nombres que acompañan a cada uno de los bustos que bordeaban los caminos. El parque termina abruptamente en la carretera, ofreciendo una vertiginosa vista de la alta pared de piedra que forma parte de la antigua muralla.

Antes de dejar el parque nos detenemos a curiosear en un puesto de libros, donde he podido encontrar por otras 2.000 liras el primero de los libros de Tarzán.

Desde la plaza del Popolo se puede llegar hasta el Quirinale, la Plaza Venecia o el Panteón por tres largas e increíblemente rectas calles. Y entre ellas encontramos las dos iglesias “gemelas” de [Santa Maria di Montesanto](#) y [Santa Maria dei Miracoli](#); dos iglesias cuya simetría es sólo aparente, ya que ante la falta de espacio para realizar una de ellas, el arquitecto tuvo que hacer su cúpula ovalada.

La “tarta nupcial” de la Plaza Venecia – seguimos sin saber qué edificio es – se ve perfectamente al final de la calle central, la [Via del Corso](#), que es la calle más hermosa, más comercial, más frenética, más rebotante de personas y coches, de toda Roma. El nombre de la calle se debe a las carreras de personas y animales que se organizaban en ella durante el carnaval.

Pese a todo lo que hemos caminado ya, es demasiado temprano para volver a la residencia, por lo que decidimos visitar la iglesia de [San Pietro in Vincoli](#) (San Pedro en Cadenas), ubicada sobre el lugar donde San Pedro fue condenado a muerte. Está realmente lejos - detrás del Coliseo -, y nada más nos queda por ver en esa zona, pero antes o después tendremos que visitar la iglesia, y al final será un paseo cansado pero bien aprovechado.

A la entrada de la iglesia encontramos una mesa llena de pañuelos, colocados allí para que los visitantes despistados puedan acceder recatadamente al interior de la iglesia de planta basilical, con cinco arcadas y columnas de mármol. Pero la atención de todo el público se concentra en dos puntos. El primero, una urna de cristal en el altar que guarda las cadenas que llevó San Pedro en su prisión de Jerusalén y de las que un ángel le liberó, y las que llevó durante sus nueve meses de prisión en la cárcel Mamertina de Roma; cuenta la tradición que cuando se acercaron ambas cadenas, éstas se soldaron milagrosamente.



A la derecha del altar unos andamios cubren lo que debió haber sido la obra más importante de Miguel Ángel, y que fue, según sus propias palabras, “una tragedia”: la tumba del Papa Julio II. Si bien sigue siendo impresionante, está muy lejos del grandioso proyecto que tenía el artista y que fue retrasado por desavenencias con el Papa, su trabajo en la Capilla Sixtina y nuevos encargos del nuevo Papa León X. A esta tumba pertenecen los esclavos que hoy se exponen en el Louvre. El resto de las obras - que no podemos ver - fueron en buena parte obra de sus discípulos. Pero la figura principal es suya, y gracias a Dios, completamente visible, como si los andamios le sirvieran de marco para que sólo ella pudiera recibir nuestra atención: el [Moisés](#). Está sentado y mientras sujeta con su mano derecha las tablas de la

ley, mira con gesto fiero hacia la izquierda; todos sus músculos en tensión, así como la postura de su pie izquierdo, dando la sensación de estar a punto de levantarse.

Es curiosa la circunstancia que dio a Moisés la imagen de "cornudo", ya que solía ser representado con dos pequeños cuernos saliendo de su frente: todo se debe a una mala traducción del hebreo, en la que los dos "rayos" que salían de su cabeza fueron traducidos erróneamente por "cuernos".

Tan real resulta el Moisés que del mismo Miguel Ángel se cuenta una anécdota, recogida en el siguiente soneto de Francisco Villaespesa (siglo XIX - XX):

MOISÉS

Al contemplar su estatua frente a frente
Miguel Angel tembló... tan viva era
que para ser humana solamente
le faltaba la voz. Con faz severa

todo de orgullo y de creación temblando:
- ¡Parla! - dijo a la estatua, dando un grito,
e inmóvil se quedó, como esperando
que se abriesen las fauces de granito.

Los ojos llenos de extrahumano brillo
obsesionado por tan loca idea,
- ¡Parla! - grita otra vez con voz más alta...

Y levantando su creador martillo,
en las rodillas de Moisés golpea
hasta que el mármol se estremece y salta.



Con esta visita ponemos punto final al día de hoy, y a las 8 de la tarde estamos de vuelta en la residencia, cansadas pero muy contentas.

Bajamos primero a la cocina de residentes para coger la botella de agua que por la mañana habíamos dejado en la nevera. Ya en nuestra habitación y mientras dejamos las bolsas me doy cuenta de que he perdido la bolsa de plástico con el libro de Tarzán y la guía de Roma. Estoy segura de haberlo llevado conmigo en el autobús, pero soy incapaz de recordar qué he hecho después con ella. Reconstruir lo que he hecho desde nuestra llegada a la residencia me lleva varias veces la entrada, al dormitorio y a la cocina. Allí incluso abro la nevera y revuelvo entre unas bolsas de comida. Creo que ha sido la segunda vez que he abierto la nevera, cuando me doy cuenta de que la bolsa que había creído de filetes contiene en realidad mis libros, que había colocado en el lugar de donde había cogido la botella.

21 de julio de 1999

Villa Borghese

Hemos decidido que hoy descansaremos y nos tomaremos el día con calma. Por eso nos levantamos, desayunamos y salimos de la residencia sólo cinco minutos más tarde de lo normal. Hoy visitaremos la villa y galería Borghese, lo que creemos nos llevará buena parte del día ya que imaginamos la villa como un Jardín del Buen Retiro y la galería un gran museo de arte.

Vamos caminando hasta el parque, que está a menos de 20 minutos de la residencia. La villa se encuentra en el Pincio, fuera de la muralla norte de la ciudad. Convertida hoy en parque público con paseos, lagos y atracciones infantiles, e incluso un pequeño cine infantil, la [vila Borghese](#) fue en su día una de las más grandes villas romanas, propiedad de una noble familia romana que, como los [Medici](#) o los [Borgia](#), tendrían en la religión su principal fuente de poder. El personaje principal fue el cardenal [Scipione Borghese](#), gran aficionado al arte, que haría detener y encerrar a más de uno para hacerse con sus colecciones de arte.

Una buena parte de la colección que logró reunir esta familia y que Napoleón Bonaparte no se llevó a Francia, se expone en la [Galería](#), antiguo Casino Borghese, cuya visita yo he esperado ansiosa, tras la “decepción” de los Museos Vaticanos.

Nuestra primera desilusión ha llegado al sacar las entradas en la planta baja, cuando nos informan de que bolsos y cámaras de fotos deben quedarse allí. La segunda ha sido cuando nos han dicho que la entrada sólo es válida para dos horas.

Por la escalera exterior ascendemos a la planta principal, cuyo recorrido circular nos lleva por impresionantes habitaciones con techos y paredes cubiertos de frescos y decoración de trampantojo (imitando arquitectura), junto a las paredes varias esculturas romanas y egipcias; y en el centro de cada sala, una escultura que eclipsa el esplendor de las demás obras y del mismo palacio:

“[La Verità](#)”, de Bernini, representada por una mujer con un sol en la mano, realizada con el propósito inicial de formar parte de un grupo escultórico.

En “[El rapto de Proserpina](#)” (Bernini) Plutón sujeta con fuerza a la huidiza Proserpina que lucha desesperadamente por alejarse de él, mientras siente los dedos del dios clavarse en el mármol de su pierna y cintura como si fuera blando como la carne. Es un claro ejemplo de la escultura barroca: composición abierta, escultura en movimiento hacia fuera de ella misma, equilibrio inestable de los personajes, y distintas calidades de la labra. Pero Bernini va más allá; Bernini no sólo da vida a sus personajes, sino al material que maneja para ello, convirtiéndolo en aquello que quiere representar.

Lo mismo ocurre en “[Apolo y Dafne](#)”, que representa el instante descrito por Ovidio en el que Dafne, que es alcanzada en ese preciso momento por Apolo, se convierte en laurel para escapar de él. Lo más destacable es el contraste de texturas entre la suavidad de la piel de la mujer y la corteza en que se está convirtiendo su cuerpo, y las ramas que surgen de su cabello y manos.

“[El David](#)” de Bernini, personaje a la vez mitológico y religioso, es como el de Miguel Ángel más maduro que el de la Biblia. Y en su rostro un gesto de gran concentración, mordiéndose el labio y observando el horizonte, preparado para lanzar la honda fatal, y su cuerpo en una posición que recuerda al Discóbolo.

En otra habitación encontramos “[Paulina Borghese](#)”, obra de [Antonio Canova](#) para la que Paulina Bonaparte, esposa de Marcantonio Borghese, osó posar desnuda. Representa a la diosa Venus, recostada en un diván y ligeramente cubierta por una suave tela, cuyo realismo desmiente su apariencia tan clásica. Se dice que Paulina se indignó de que, tras su separación, su marido se dedicara a enseñar la escultura a sus amigos.

En un pasillo encontramos una escultura de [San Juan Bautista](#). Se trata de una escultura pequeña realizada con material de baja calidad, ya que no es más que un boceto realizado por [Houdon](#) para la

enorme estatua de mármol que más tarde realizaría en Santa María de los Ángeles. Sin embargo, la humilde figura del santo con el brazo extendido para realizar el bautismo, se convertirá en uno de esos detalles que mejor recuerdo me traen de mis viajes.

Nos hemos entretenido bastante en la galería, pese a no contar con muchas ni grandes salas, para aprovechar el tiempo que aún nos queda y para maldecir por no poder hacer fotos a las mejores esculturas que veré en Roma. Falta poco más de un cuarto de hora para cumplir las dos horas cuando volvemos a por nuestros bolsos. Y entonces nos damos cuenta de que desde la planta baja hay una entrada a la pinacoteca, por lo que nos apresuramos a ella para ver lo que podamos.

Siguiente decepción: un cartel a la entrada que da un límite de media hora para la visita, y un guardia en la entrada que piensa que con un cuarto de hora en nuestras entradas no vale la pena que entremos. Y en realidad nos ha sobrado tiempo, no por la falta de calidad en las obras sino de cantidad.

Entre ellas cabe que destacar las siguientes:

“[El amor sacro y el amor profano](#)”, de [Tiziano](#) (sXVI), representa a las dos Venus, de belleza típicamente renacentista: la lujosamente vestida Venus terrena (el Amor profano); y la desnuda e inocente Venus celeste (Amor sacro), que sostiene una lámpara símbolo del amor de Dios.

“[La Madonna de los Palafranos](#)” o “[La Virgen de la Serpiente](#)” realizada por Caravaggio en el siglo XVII, representa sobre un típico fondo tenebrista, a la Virgen y al niño pisando a la vez una serpiente (simbolismo de la participación de María en la salvación de la humanidad), bajo la atenta mirada de Santa Ana, patrona de los palafranos.

En “[Baco](#)” Caravaggio representa un bodegón frente al dios beodo. Caravaggio era un magnífico bodeguista, pero nunca los pintaba solos.

Otras pinturas, como la mitológica-erótica “[Dánae](#)” de Correggio o el trágico “[Descendimiento](#)” de Rafael, uno de los últimos cuadros que realizó antes de venir a Roma, completan la breve colección de pinturas y nuestra visita a esta galería.

Mi última decepción la he tenido al tratar de comprar postales de las esculturas de Bernini, ya que la única que he encontrado es de un detalle del David; y suponiendo la exclusiva por parte de alguna empresa de la comercialización de esas fotos, sé que si aquí no las he encontrado, no lo haré en otro lado.



Salimos a los jardines y paseamos por sus caminos de tierra, cruzando entre sus zonas de hierba, que no césped. Encontramos varias estatuas, dedicadas a Umberto I o a Goethe, y monumentos imitación de los clásicos: el pequeño templo circular abierto de Diana; el templo de Esculapio, junto al lago, que no podemos ver por estar vallada la zona por obras; y un arco, imitación del de Séptimo Severo, bajo el que pasamos sin ver más que sus andamios. En la zona del lago donde no hay obras, elegimos un banco a la sombra y nos sentamos un rato; tomamos un refresco y observamos los gansos, palomas y tortugas que cubren la orilla del lago. El aspecto general del parque es descuidado, dejado; en concordancia con el resto de la ciudad. La única zona que parece bien atendida son los “jardines secretos” que se encuentran junto a la galería, pero el acceso a ellos está cerrado.

Tras el descanso salimos del parque y nos encaminamos hacia el sur, y pronto damos con la basílica de [Santa Maria degli Angeli](#) (Santa María de los Ángeles), obra de Bernini a quien habían pedido que reconvirtiera las termas de Diocleciano. De ahí sus columnas y fachada en la que aún puede contemplarse el ladrillo de las antiguas termas, y la singular planta del edificio. Lo que me ha sido imposible encontrar es la estatua de San Juan Bautista.

Seguimos hasta [Santa Maria Maggiore](#) (Santa María la Mayor), que en esta ocasión hemos encontrado abierta.

Los andamios ocultan precisamente el lugar donde una lápida negra cubre la tumba de Bernini. Pero sí podemos admirar el baptisterio situado en una capilla lateral, con la pila bautismal más grande que he visto en mi vida, y sobre todo el increíble techo de la nave principal: un techo plano de madera con 36 mosaicos decorados con el primer oro traído de América. Santa Maria la Mayor es la iglesia “nacional” de España, como tantas otras en Roma son representantes de distintos países.

A la salida de la iglesia decidimos tomar un descanso para comer, para lo cual elegimos un pequeño bar que anuncia sus “pizzas rústicas”. Así que por muy poco dinero almorzamos en un lugar típico italiano, un rincón tranquilo y agradable, a la vez que barato, pudiendo elegir entre una gran variedad de pizzas, desde la de calabacín hasta la de patatas fritas.

Después queremos visitar la iglesia de [Santa Prassede](#), pero la encontramos cerrada, así que tras comprar en un estanco varios billetes de autobús, nos dirigimos a la estación de tren Termini para coger el autobús 38 de regreso a la residencia.

Son las cuatro y media cuando llegamos a la residencia, la verdad demasiado pronto, pero yo he decidido tomarme el día con mucha tranquilidad, así que aprovecharé el resto de la tarde poniendo al día el diario y documentándome sobre nuestra visita del día siguiente, mientras Piluca se va a dar un paseo por los alrededores.



Esa noche las monjas nos han invitado a nosotras y a la otra familia de españoles a cenar con ellas, así que por primera vez cenaremos en condiciones. La cena ha resultado muy divertida pero corta, ya que Rosario se ha ofrecido a acompañarnos a la Fontana di Trevi después, cosa que le agradecemos mucho ya que sin conocimiento de calles y autobuses, no nos habríamos

atrevido a adentrarnos solas en la ciudad de noche.

Cogemos un autobús que, a toda velocidad y sin ninguna consideración por sus sufridos amortiguadores – ni por nuestro estómago lleno – nos lleva al lado de la famosa fuente. Allí se encuentra un gran número de turistas y romanos, mientras unos policías vigilan el lugar.

Hay una heladería en la misma plaza y allí Rosario nos ha invitado. Y como un día es un día y un helado italiano en Roma no es cualquier cosa, el helado que yo escojo, en cucurucho bañado en chocolate, tiene a partes iguales tiramisú, stracciatella y nata.

Nos tomamos los helados junto a la fontana y hacemos algunas fotos. Después volvemos paseando a la plaza Venecia, donde Rosario nos señala un reloj que indica los segundos que faltaban para el año 2000. En esta plaza cogemos el autobús de regreso y damos con ello por finalizado el día.

22 de julio de 1999

Las catacumbas y la Via Appia

Este día y por primera vez en mi vida he cogido un tranvía; exactamente el número 30, que nos llevará al sur de la ciudad hasta San Juan de Letrán, una catedral que había sido incapaz de encontrar en el plano de Roma... hasta que me enteré de su nombre italiano: [San Giovanni in Laterano](#).

Jamás se me había ocurrido pensar que Roma pudiera tener otra catedral que no fuera San Pedro; pero San Pedro ni está en Roma ni es una catedral. San Juan es la catedral, y es por ello la iglesia del Papa, quien como obispo de Roma visita en persona cada una de sus iglesias, y celebra en San Juan los actos especiales.

El nombre de Laterano se debe a la familia dueña del terreno expropiado por Constantino para realizar esta catedral.

La catedral se encuentra unida por ambos lados al palacio arzobispal y al claustro, por lo que la fachada principal parece aún más grandiosa. Por ella accedemos al interior, a los pies de la nave principal. La rica decoración de mármoles que cubren las paredes, así como el techo plano de madera y decorado con escudos, contrasta con las cuatro naves laterales, cuyos techos abovedados están sencillamente pintados de blanco.

Los pilares de la nave principal albergan las estatuas de los doce apóstoles, identificados por una inscripción en letras doradas sobre la base de mármol a la que unos restauradores se encargan en este momento de devolver su color negro original.

En lo alto del baldaquino, en el crucero, podemos observar las figuras doradas de dos hombres: se trata de San Juan Bautista y San Juan Evangelista, ya que a ambos está consagrada la catedral. Junto al baldaquino unas escaleras conducen a las reliquias (si bien Piluca y yo optamos por ahorrarnos el importe de la entrada) y detrás la semibóveda del ábside muestra un mosaico de estilo bizantino.

Después visitamos la iglesia de [Santa Groce de Gerusalem](#) (Santa Cruz de Jerusalén), construida por orden de Constantino para albergar las numerosas reliquias que su madre Santa Elena había traído de Jerusalén. Estas son expuestas en una capilla lateral, a la que se puede acceder libremente. Al entrar lo primero que vemos es la cruz de San Dimas - el buen ladrón -; hay otras reliquias más pequeñas expuestas dentro de una vitrina: otro trozo de la cruz de San Dimas, la falange de un santo, un clavo de la cruz de Jesucristo, dos espinas de su corona, y un pedazo de la inscripción clavada en su cruz, escrita en hebreo, latín y griego: "Este es Jesús de Nazaret, Rey de los Judíos".

El siguiente edificio que visitamos se encuentra junto a la catedral y alberga en su interior dos lugares santos: el "Sancta Sanctorum" y la "Scala Santa".

A través de tres puertas se accede a la primera sala, desde la cual tres escaleras ascienden en paralelo y separadas por muros cubiertos de frescos representando escenas bíblicas de la pasión de Jesús. Los peldaños de la escalera central están cubiertos de madera, y sólo de rodillas pueden ser recorridos por los fieles. Durante el ascenso pueden encontrarse algunos pequeños círculos de cristal sustituyendo la madera, en aquellos lugares donde parece ser quedan rastros de gotas de la sangre de Cristo. Porque aquella escalera que tenemos frente a nosotras no es otra que la [Scala Santa](#), [Escalera Santa](#) perteneciente al palacio de Poncio Pilatos y por la que hace 20 siglos ascendió Jesucristo para ser juzgado, y descendió para ser crucificado. Muchos turistas (a alguno escuché yo), después de visitar esta escalera se preguntan en qué lugar cercano fue crucificado Jesús, olvidando que no fue aquí sino en Jerusalén donde ocurrieron los hechos. Fue Santa Elena, madre del emperador Constantino, quien hizo traer a Roma esta escalera, junto con muchas otras reliquias.

Como tantos otros, Piluca y yo nos decidimos a subirlas, y por ellas alcanzamos el [Sancta Sanctorum](#), llamado así por las preciadas reliquias que contiene y merecen la inscripción de la pared: “No hay lugar más santo en el mundo”. Obviamente el lugar está cerrado, pero una ventana acristalada permite asomarse a los mosaicos del suelo, a los frescos de las paredes, y a la reliquia más importante: una imagen de Jesucristo realizada por San Lucas que se dice es *archeiropoeton* (no hecha por la mano del hombre) y que el papa Inocencio III haría revestir de láminas de plata. Aunque las reliquias están hoy divididas en otros lugares, sigue siendo lugar de culto.

De nuevo en la planta baja, unas esculturas recuerdan momentos de la pasión: una imagen de Pilatos, otra de Jesús, de Jesús flagelado, y El Beso de Judas.

En la plaza de San Juan cogemos el autobús 218 para ir a las [catacumbas de San Calixto](#), a unos kilómetros de Roma. El trayecto es algo terrorífico, con el autobús moviéndose por las calles y carreteras como si fuera el vagón de alguna atracción del parque de atracciones. Gracias a Dios el viaje es corto, y el autobús nos deja justo a la entrada de las catacumbas.

Las catacumbas se encuentran bajo un amplio terreno abierto con todo tipo de instalaciones: aparcamiento, servicios, máquinas de refrescos – ¡baratas! – y puestos de comida y recuerdos.

Hemos llegado a las 12, justo cuando cierran para comer, por lo que hasta las 14:30 tenemos tiempo para ver otras cosas y descansar. Lo primero que hacemos es sentarnos en un banco a la sombra de un árbol a descansar y tomar un refresco... ¿he dicho ya que son sorprendentemente baratos?.

Es un cambio agradable: tranquilidad, una brisa fresca en mitad del campo, con una lejana vista de la ciudad y sin ruido de coches.

Después del descanso vamos en busca de la iglesia del Quo Vadis, que nos han indicado está a un kilómetro de distancia por el más famoso camino de todos los que en la antigüedad llegaban a Roma, conocido como la [Via Appia Antica](#) (vía Apia Antigua). Yo venía con muchas ganas de pisar este antiquísimo camino de adoquines, pero tendré que conformarme con el asfalto que cubre esta zona de la vía.



La iglesia del [Quo Vadis](#) es muy pequeña y modesta. Poco puede decirse de la fachada, cubierta por andamios. En el interior, la única decoración de las paredes desnudas consiste en dos frescos a ambos lados del altar, de no muy buena calidad, que representan a Cristo y a San Pedro crucificados, este último boca abajo. Al ser condenado a morir en la cruz, Pedro comentó lo indigno que era de morir como su Señor, a lo cual los romanos respondieron

crucificándole boca abajo.

Pero lo más importante es la pequeña losa cuadrada expuesta tras una reja, a los pies de la iglesia, en la que se dice quedaron impresas las huellas de Jesucristo cuando se le apareció a San Pedro, cuando éste huía de Roma.

Regresamos despacio por la Vía Apia, disfrutando de su paisaje de altos pinos y campos sembrados, así como de la brisa que refresca los cálidos rayos del sol. A un lado del camino encontramos una estatua de San Juan Bosco, patrón de los salesianos, quienes tienen encomendada la conservación de las catacumbas de San Calixto.

Después pedimos indicaciones para ir a la [Fossa Ardeatina](#). Pese a ello nos despistamos y cogemos el lado derecho de la carretera, por lo que nos encontramos haciendo el mismo recorrido hacia la iglesia del Quo Vadis, pero por una carretera de dos carriles, llena de curvas, sin casi arcén, y ¡llena de coches

italianos! Ha sido un kilómetro, pero un kilómetro larguísimo, porque para cuando nos hemos querido dar cuenta del error ya es tarde para volver atrás, así que respiramos con alivio cuando llegamos a la iglesia y podemos regresar por la Via Appia. En realidad la fosa se encuentra a 200 metros de las catacumbas... hacia la izquierda.

No tengo mucha idea de lo que vamos a encontrar; y probablemente ni siquiera hubiéramos sabido de su existencia si no nos llega a hablar de ello la hermana Rosario.

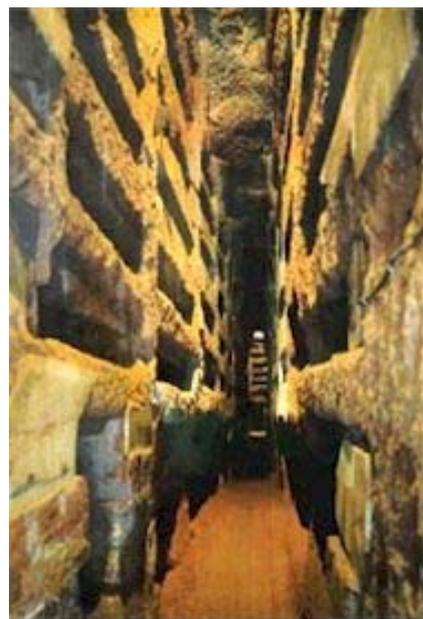
Junto a la puerta de bronce que da acceso a la Fosa, se levanta una escultura de 2 metros representando a tres hombres atados, espalda contra espalda. Desde aquí entramos en unas cuevas excavadas en la roca que nos dirigen hacia una especie de "capilla", donde una inscripción en la pared: "*la vorágine*" indica el lugar donde ocurrió la masacre.

Y llegamos al final del camino: un gran espacio, abierto por los laterales y cubierto con un techo de piedra, que guarda las 335 tumbas, perfectamente alineadas, cada una de ellas con un número, un nombre, una edad y una profesión. Recorremos despacio las tumbas, deteniéndonos de vez en cuando en una tumba anónima, o al llegar a la del fallecido más joven, un muchacho de 14 años.

Cada uno de esos nombres aparece a su vez en un libro hecho de planchas de bronce y colocado a la entrada de la fosa. Son los nombres de los 335 italianos a los que, durante la II Guerra Mundial, los soldados alemanes asesinaron como represalia por la muerte de 33 de sus hombres cuando unos italianos les lanzaron un carro lleno de bombas. Según nos han contado, tras llevar a cabo la barbarie los nazis trataron de esconder los cuerpos haciendo estallar unas minas en aquel lugar; pero hubo un testigo que guiaría después hasta la fosa.

A las dos y media en punto estamos de nuevo en las catacumbas, con la entrada de 8.000 liras ya comprada y listas para entrar.

A los que allí estamos, nos dividen en grupos según nuestro idioma, y un sacerdote español muy simpático se hace cargo del nuestro, formado por pocos españoles y muchos norteamericanos. Primero nos ha conducido a un pequeño espacio dispuesto como una clase, con bancos frente a una especie de pizarra donde nos va mostrando y explicando las cosas que después vamos a ver, de forma que una vez dentro de las catacumbas no perdamos detalle y entendamos los símbolos que llenan las paredes. Tampoco aquí está permitido hacer fotografías, pero puedo aceptarlo puesto que es orden de los restauradores que trabajan en sus galerías.



Las catacumbas eran lugares de enterramiento subterráneo a las afueras de la ciudad. Si bien no es del todo cierto que los cristianos utilizaran estos lugares para sus reuniones secretas, sí lo es que ellos solían utilizarlas para enterrar a sus muertos, así que una vez el cristianismo se convirtió en la religión estatal, comenzó la peregrinación a las tumbas de los santos. Entonces las catacumbas se rehabilitaron, haciéndolas más accesibles, y se trasladaron a ellas las reliquias de santos extranjeros en Roma. Con el tiempo fueron abandonadas y olvidadas, hasta el siglo XVI y sobre todo el siglo XVIII gracias a Gian Battista de Rossi.

Comenzamos el descenso hacia las catacumbas, y a cada paso voy olvidando mi claustrofobia para concentrarme en la maravilla del lugar donde me encuentro. Es fundamental no perder al guía, puesto que sin él sería facilísimo perderse por los interminables y oscuros pasajes que se abren a nuestro camino.

El *ambulacrum* o pasillo, debe tener poco más de un metro de ancho, y en sus altas paredes se abren varias hileras de *loculi* o nichos, ahora vacíos. Algunas *cellas* (habitaciones o estancias más amplias)

han sido convertidas en capillas; en una de ellas encontramos a un par de restauradores retocando una imagen de la última cena.

En la llamada cripta de los Papas se pueden leer inscripciones en las paredes con los nombres de algunos de los papas que estuvieron enterrados allí. En total catorce papas fueron enterrados en San Calixto, aunque hoy sus cuerpos descansan en la cripta de San Pedro.



En la cripta de Santa Cecilia encontramos una escultura dedicada a esta mártir cristiana, patrona de la música. La escultura es copia de otra que se encuentra en su iglesia del Trastevere, y que visitaremos al día siguiente. En cualquier caso, hoy existen serias dudas de que esta fuera realmente la tumba de la santa.

A lo largo de las galerías y estancias, aparecen en las paredes inscripciones medio desaparecidas o símbolos cristianos: La Orante (una figura con los brazos extendidos hacia arriba, representando el alma cristiana ante Dios); el Buen Pastor; El pez, símbolo cristiano ya que su nombre griego es el anagrama de Cristo: IXΘYC (ictus): Jesucristo Hijo de Dios Salvador; y el Crismol, también anagrama de Cristo.

En total la visita ha durado una hora, así que cuando salimos de nuevo al exterior tenemos bastante hambre. Nos comemos unos bocadillos en el parque, y a las cinco de la tarde cogemos el autobús de regreso a Roma, agradeciendo a Dios y al tráfico que en esta ocasión el vehículo vaya más despacio. Aprovechamos el mismo billete para coger el tranvía, aunque a mitad del viaje nos han hecho bajarnos a todos los pasajeros por algún problema con la máquina, así que acabamos el viaje en otro autobús.

A las seis ya estamos de vuelta en la residencia, una hora estupenda desde mi punto de vista para descansar, poner al día los diarios y preparar lo del día siguiente. Para Piluca sin embargo es demasiado temprano, así que ha salido a dar una vuelta y a buscar el "dossacafe" (bote para guardar el café y cuya base puede abrirse para sacar una "dosis" de café) que quiere comprar de recuerdo a nuestros padres, aunque hoy no lo encontrará.

23 de julio de 1999

El Trastevere. Ultimo paseo por Roma

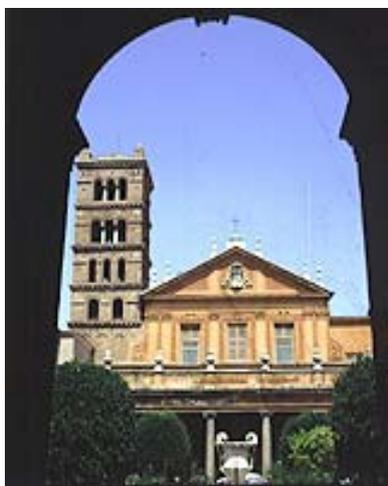
El día se ha levantado nublado, pero salvo cuatro gotas a primera hora, no parece que vayamos a tener problemas de lluvia, y a media mañana ha vuelto a salir el sol. El plan de hoy es visitar el barrio del Trastevere y después subir por el Gianicolo hacia el Vaticano. El resto del día, si quedaba tiempo, lo organizaremos sobre la marcha.

El autobús 62 nos deja en Largo Argentina y desde allí vamos andando hacia el río. Pasamos junto a la [isla Tiberina](#), donde hoy se levanta un hospital. A la peculiar forma alargada de esta isla se debe la leyenda según la cual la isla es un barco etrusco que encalló en el Tíber cuando trataba de huir de los romanos.

Llegamos al más popular barrio de Roma: el [Trastevere](#), o Barrio Transtiberino, situado al sudoeste de la ciudad y, como su mismo nombre indica, al otro lado del Tíber. Barrio mariano, las esquinas de sus fachadas se ven adornadas por nichos con imágenes de la Virgen.

Caminando por la Via del Trastevere pasamos junto a la [casa de Dante Alighieri](#).

La primera iglesia que visitamos es [San Francesco a Ripa](#), una iglesia del siglo XVII cuyo mayor atractivo es la capilla Paluzzi Albertoni y la estatua que para ella hizo Bernini en sus últimos años: “[El éxtasis de Santa Ludovica Albertoni](#)”, escultura todavía más mística y dramática que la de “Santa Teresa”. De ella sin embargo tendremos que conformarnos con una fotografía a tamaño natural que oculta los andamios en la auténtica capilla.



A unas cuantas manzanas se encuentra [Santa Cecilia in Trastevere](#), iglesia consagrada a la matrona de Roma y patrona de la música. Santa Cecilia, perteneciente a una familia rica de Roma, fue una mártir cristiana asesinada brutalmente en tiempos de Marco Aurelio. Tras intentar sin éxito escaldarla en agua hirviendo, ordenaron su decapitación. Pese a los tres tajos que recibió en el cuello, aún vivió tres días en los que convirtió a muchos paganos. Su tumba, perdida durante mucho tiempo, fue encontrada en las catacumbas de San Calixto, en el lugar donde Piluca y yo encontramos ayer su estatua yacente.

Accedemos a la iglesia a través de un patio lleno de flores. Si bien el exterior no se diferencia mucho del resto de las iglesias que hemos visto – incluido el campanario bizantino contrastando con la fachada barroca –, el interior es muy diferente. Dividida en tres naves, las laterales parecen más antiguas: con frescos despintados y bóveda de crucería, mientras que la amplia nave central, cubierta por una bóveda de arcos rebajados es más renacentista, blanca y con decoración en oro. Las columnas corintias que dividen las naves fueron rescatadas de la anterior iglesia cuando ésta fue restaurada en el siglo XIX. Eso hace resaltar los ricos colores de los mármoles que forman el altar, en cuyo interior y tras un cristal, se expone la estatua original de la Santa, obra de 1599 realizada por Stefano Maderno.

La imagen muestra a la santa tal y como fue encontrada en su tumba, 1000 años después de su muerte: con el rostro vuelto y los brazos extendidos hacia un lado. En una mano extiende un dedo y en la otra tres, insinuando el misterio de la Santísima Trinidad en cuya creencia se reafirmó hasta sus últimos momentos. En la cripta de San Calixto me había llamado la atención que la escultura tenía la cabeza rota, y me ha chocado que el original también se encuentre así. Piluca ha tenido que recordarme la

forma en que murió la santa para que yo me dé cuenta de que la raja en el cuello no era un accidente. ¡Bueno, una también puede despistarse, ¿no?!

Por 3.000 liras podemos descender a la cripta, en realidad casa de la santa – recordemos que la Roma imperial se encuentra a unos tres metros de profundidad bajo la ciudad moderna. En las paredes aún se pueden ver restos de mosaicos y mármoles con inscripciones, figuras humanas y signos cristianos, y varios pasillos recorren la casa hacia habitaciones tan oscuras que no nos atrevemos ni a asomarnos.

Después de una corta visita nos despedimos de Santa Cecilia y nos dirigimos hacia [Santa Maria in Trastevere](#), sin hacer demasiado caso al resto de iglesias junto a las que pasamos. Fundada en el siglo III, Santa Maria es la primera iglesia de Roma dedicada a la Virgen. Desde su fundación y hasta el siglo XVIII la iglesia sufrió muchas reformas, por lo que en la fachada se da una curiosa mezcla de estilos: desde los mosaicos del siglo XIII en el tímpano hasta el pórtico decorado con mármoles y relieves, pasando por el campanario románico que se levantaba en un lateral.

Ya en el interior, delimitando la nave central, unas hileras de columnas de mármol cuyos diferentes capiteles jónicos o corintios delatan su anterior pertenencia a distintos edificios clásicos. Y observando el rico artesonado de madera de la nave central, llega nuestra vista hasta el ábside del altar, cubierto por un impresionante mosaico bizantino en tonos dorados.

A la salida de la iglesia nos encaminamos hacia el [Gianicolo](#) (Janículo), un elevado monte que delimita Roma por el este, a la vez que hacia el norte separa el Trastevere del Vaticano.

Queremos llegar a la [Piazza Garibaldi](#) (Plaza Garibaldi) antes de las doce, así que paramos a preguntar a un par de hombres cómo llegar. Les pregunto en el poco italiano que sé y ellos me responden en el mismo idioma, lo que no ha supuesto ningún problema para que las dos comprendamos cada una de sus palabras.

El itinerario previsto para hoy se va cumpliendo más rápidamente de lo esperado, de forma que a las once y media ya hemos llegado a la plaza. Con media hora de espera, aprovechamos para tomar un refresco, poner al día nuestras agendas y disfrutar de las vistas que ofrece la plaza, con la ciudad a un lado y el bosque al otro.

En el centro de la plaza se erige el monumento a Garibaldi, una estatua ecuestre realizada en bronce en la que el artista ha representado el romanticismo y humanidad que rodea la historia del llamado “*Héroe de los Dos Mundos*”.

En efecto la vida de este hombre del siglo XIX le convirtió en un héroe romántico a quien hoy día los italianos todavía honran. Tras ser condenado a muerte por participar en una insurrección, Giuseppe Garibaldi huyó a Sudamérica. Allí luchó como corsario, fue comandante de la armada uruguaya, fue hecho preso y torturado. Pero aún en la distancia mantuvo siempre su fiero patriotismo italiano, y cuando estalló la revolución del 48, él y sus seguidores volvieron a Italia. Tras el fracaso de las revueltas hizo muchos viajes: Nueva York, China, Australia, Londres... hasta regresar a su país en 1855. Cuando cuatro años después estalló la guerra, reunió a un grupo de voluntarios, núcleo de “I Mille” (Los Mil), y movilizó al ejército. Tras la conquista del sur de Italia su ejército se unió al de Víctor Manuel II; entregó el sur conquistado al futuro rey de la Italia unida, y partió a la isla de Cabrera rehusando cualquier recompensa.

En la base de la estatua y junto a unos relieves representando escenas de lucha, se leen varias inscripciones que dicen: “A Giuseppe Garibaldi” “Roma e Vittorio Emanuele II” y “Roma o Morte”.

Es una imagen conmovedora de un Garibaldi ya mayor y de larga barba, con una capa que le cruza por el pecho y el rostro vuelto a un lado. Serenidad y cansancio se reflejan tanto en la mirada de Garibaldi

como en la del pasivo caballo. Él Garibaldi que el artista ha querido presentar no es el héroe en mitad de la conquista, sino el hombre cansado tras el deber cumplido, o en palabras de Caridad, es el “*ya está, ya lo hemos conseguido.*”



A las doce menos diez comienza a reunirse la gente en el lado de la plaza que da hacia Roma. Al otro lado de la barandilla, unos metros más abajo, se abre una terraza de tierra a la que en este momento algunos soldados está sacando un cañón, por una puerta situada en la pared justo bajo nosotras.

Y a las doce en punto, hoy como todos los días del año, los tres militares preparan el cañón, lo cargan, y al final de la cuenta atrás, lanzan la salve en honor a Garibaldi.

Un momento después soldados y cañón vuelven a desaparecer por donde habían salido, hasta el día siguiente, a la misma hora.

Como suele ocurrirme en mis viajes, una de esas cosas que ni siquiera conocía al comenzar el viaje, se ha convertido en una de las cosas que más me han de emocionar. Y aunque cuando enseñe las fotos de este viaje, nadie entienda por qué quise que hacer la foto de un cañonazo, esa foto me recordará que los héroes también pueden ser humanos, que la historia también la hicieron hombres

buenos, y que a veces, en raras ocasiones, un cañón también puede traer buenos recuerdos.

Continuamos por el camino hacia la estatua de [Anita Garibaldi](#), otra estatua sorprendente, en primer lugar por ser una de las pocas estatuas ecuestres que existen de una mujer. Al contrario que la imagen anciana y serena de su esposo, esta escultura está llena de juventud y vida. Representa el caballo a galope y sobre él Anita, con el cabello suelto al viento, sujetando una pistola con mano y a su hijo pequeño con la otra. Obviamente, la estatua está rodeada de obras.

Bajamos la colina junto a las obras que se están realizando para el gigantesco aparcamiento que deberá estar listo antes del jubileo del año 2000, con nueve plantas y capacidad para cientos de autobuses.

Hoy el Vaticano está lleno de gente y San Pedro no es una excepción. Sin ningún problema esta vez, entramos en la basílica y damos una vuelta rápida por la nave.

A la salida de San Pedro nos dirigimos en línea recta hacia el río y poco después nos encontramos en la [Piazza dei Popolo](#). Compramos unas pizzas en el parque del Pincio y allí mismo comemos y descansamos durante una hora. Luego bajamos por Via del Corso hacia la Plaza Venecia, deteniéndonos en la [San Marcelo](#), iglesia de la congregación del Cardenal Espínola. Allí nos detenemos sólo un momento para disfrutar de los frescos de los techos y los andamios del altar, y seguimos nuestro camino hacia la “tarta nupcial”, a la que por fin hoy por fin podremos dar nombre.

¡Por eso los planos de la ciudad no daban el nombre del edificio! ¡Porque era un simple monumento! Un monumento en honor al primer rey de Italia: Vittorio Emanuele II, o Víctor Manuel II (1820-1878), que liberó al país del dominio austríaco con la ayuda de Francia y, apoyado por Cavour, realizó la unificación italiana. Fue erigido entre 1885 y 1911, su estatua ecuestre coronando el centro del monumento. Más tarde se añadió el [altar de la patria](#), “la llama que nunca se apaga”, custodiada día y noche por dos soldados, y la tumba al soldado desconocido. El monumento fue duramente criticado y amenazado incluso por Mussolini, pero finalmente fue absuelto, de forma que su aspecto seguirá siendo un punto extravagante de Roma y su dimensión un desconcierto para los turistas.

Rodeando el edificio por la derecha nos encontramos unas empinadas escaleras que conducen a la iglesia de [Araceli](#). La iglesia es bonita y bastante grande, pero estamos demasiado cansadas tras la subida para disfrutarla. Y tras atrevernos a bajar las escaleras – que para alguien con vértigo no es tarea fácil –, descubrimos que tenemos que volver a subir por unas escaleras paralelas a las anteriores y poco menos empinadas, para llegar a la [Plaza del Campidoglio](#) (o Capitolio). Diseñada por Miguel Angel, su realización fue tan lenta que murió sin verla terminada, aunque se siguieron sus ideas para terminar las obras.

Hay dos leones egipcios hoy convertidos en fuente, que se cree provenían del Campo de Marte (a las afueras de la ciudad). Las dos estatuas simétricas de un lado de la plaza representan a los dos gemelos hijos de Júpiter. Y en el centro se levanta la estatua dorada de Marco Aurelio a caballo.



Rodeando el edificio del Ayuntamiento descubrimos la pequeña escultura de la [loba capitolina](#), símbolo de Roma, sobre una columna de un par de metros, y a la espalda descubrimos una de las mejores vistas de los foros imperiales.

Desde allí volvemos a la parada de autobús, y al llegar al barrio de la residencia pasamos por un supermercado a comprar algo de helado para la cena. Hemos hecho mucho más de lo que teníamos previsto para hoy, caminando el doble que cualquier otro día, y sin embargo estamos menos cansadas que nunca... y sólo son las cinco y media. Pero es que después de ese recorrido, pocas cosas quedan ya por ver.

Esa noche la cena es muy especial. Las monjas han preparado una cena típica de Italia a base de pizza y ensalada. La pizza, comprada a peso y de distintos sabores, está cortada en pequeñas raciones cuadradas y se sirve fría en varias fuentes, junto con alguna fuente de ensalada. Si algo de pizza sobra, se envolverá y congelará para una posterior ocasión. Algunas de las pizzas tienen ingredientes de lo más curioso: bacalao, aguacate, o patatas fritas, y todas están buenísimas.

Esta noche hay fotos, más anécdotas, recuerdos y planes de futuro para visitar lo que nos ha faltado, sobre todo la iglesia de [San Paolo fuori le mura](#). Las monjas insisten en que debemos volver en el 2000, pero tengo muy claro que en el Jubileo, Roma va a ser una locura en la que no me apetece meterme. Pero al año siguiente, quizá... Con esa promesa nos despedimos de las monjas y de la familia, que aún se quedará un par de días más en la residencia.

24 de julio de 1999

EPÍLOGO

Hoy nos levantamos con calma y desayunamos tranquilamente en la residencia, pero en cuanto terminamos recogemos las maletas ya listas y nos marchamos al aeropuerto. Llegamos con tiempo para evitarnos problemas, y unas horas después estamos volando de vuelta a casa.

Y ahora, de regreso hacia Madrid, ya se me hace difícil recordar con detalle cada uno de los lugares visitados y diferenciar los recuerdos de cada una de las iglesias en las que hemos estado. Narrar este viaje ha de ser una enumeración constante de nombres y datos en los que con un poco de suerte podré recordar añadir que Piluca y yo estuvimos aquí. Pero estuvimos, lo aseguro. Y que volveremos a estar, lo prometo.

Pronto volveré a admirarme en San Pedro, a caminar junto al Tíber, a emocionarme con Garibaldi, a soñar en los foros, a bajar las escaleras de la Plaza de España...

Al fin y al cabo, lo he prometido con una moneda...

La Fontana di Trevi es testigo...

APÉNDICE 1 - INDICE DE LUGARES

Obras: Fecha, tipo (arquitecto, pintor...), estilo, autor

---17/07/99---

Estación Termini

Piazza Barberini (Plaza Barberini)

Fontana del Tritone (Fuente del Tritón)

Fontana delle Api (Fuente de las Abejas)

*Gianlorenzo Bernini

Trinitá dei Monti (Trinidad de los Montes)

Escalinata de la Piazza de España (Escalera de la Plaza de España)

Piazza della España (Plaza de España)

Fontana della Barcaccia (Fuente de la Barca)

Colonna della Immacolata? (Columna de la Inmaculada)

Piazza Colonna (Plaza Colonna)

Columna de Marco Aurelio

Piazza Venezia

Monumento a Victor Manuel II

Fontana di Trevi

El Quirinales

Palacio Presidencial del Quirinale

Sant'Andrea al Quirinale

Piazza delle Cuattro Fontane

Santa María della Vittoria

Extasis de Santa Teresa

Santa Susanna

Fontana dell'Acqua Felice (Fuente del Acqua Felice)(Fuente del Moisés)

Iglesia de San Bernardo / Termas de Diocleciano

---18/07/99---

Largo Argentina

Iglesia del Gesù

Palazzo Venezia

Via dei Fori Imperiali

Columna de Trajano

Mercado de Trajano

Torre de los Milites

Foro de César

Colloseo (Coliseo / Anfiteatro Flavio)

Domus Aurea

Arco de Constantino

Circo Máximo

Santa María in Cosmedin

Bocca della Verità (Boca de la Verdad)

Templo de Hércules / de Vesta / de las Vírgenes Vestales

Templo de la Fortuna Viril

Termas de Caracalla

Foro Romano

Templo de la Paz (Templo della Pace)

Cloaca Máxima

Arco de Trajano
Cárcel Mamertina
Santa Maria Maggiore (Santa María la Mayor)
Iglesia de los Santos Apóstoles
Iglesia del Nombre de María

---19/07/99---

Vaticano
Plaza de San Pedro
Basílica de San Pedro
La Pietà (la Piedad)
Catedra Petri (Cátedra de San Pedro)
Cúpula
Tíber (Tever)
Castillo del Santo Angel (Castello de Sant' Angelo)
Puente de los Ángeles

---20/07/99---

Iglesia de San Ignacio
Panteón (Pantheon)
Iglesia de Sopra Minerva
Plaza Navona
Diente de los Cuatro Ríos (Fontana dei Fiumi)
Iglesia de Santa Inés (Sant' Agnese in Agone)
Iglesia Nueva (Chiesa Nuova)
Oratorio de los Filipinos
Fontana della Terrina
Santa Maria della Pace
San Lorenzo in Lucina
Ara Pacis
Mausoleo de Augusto
Plaza del Pueblo (Piazza del Popolo)
Puerta Flaminia
Santa Maria del Popolo
Parque del Pincio
Santa Mari di Montesanto
Santa Maria dei Miracoli
Via del Corso
San Pedro en Cadenas (San Pietro in Vincoli)
Moisés

---21/08/99---

Villa Borghese
Galeria Borghese
La Veritá
El rapto de Proserpina
Apolo y Dafne
David
Paulina Borghese
San Juan Bautista
El amor sacro y el amor profano

La Maddona de los palafraneros o La Virgen de la serpiente

Baco

Dánae

El Descendimiento

Santa Maria de los Angeles (Santa Maria degli Angeli)

Santa Maria la Mayor (Santa Maria Maggiore)

Santa Prassede

---22/08/99---

San Juan de Letrán (San Giovanni in Laterano)

Santa Cruz de Jerusalén (Santa Groce de Gerusalem)

Scala Santa

Sancta Sanctorum

Catacumbas de San Calixto

Via Appia Antica

Iglesia del Quo Vadis

Fossa Ardeatina

---23/08/99---

Isla Tiberina

Trastevere o Barrio Trastiberino

Casa de Dante Alighieri

San Francesco a Ripa

Extasis de Santa Ludovica Albertoni

Santa Cecilia in Trastevere

Santa Maria in Trastevere

Gianicolo (Janículo)

Piazza Garibaldi

Estatua de Garibaldi

Estatua ecuestre de Anita Garibaldi

San Marcelo

Monumento a Victor Manuel II

El Altar de la Patria

Iglesia de Araceli

Plaza del Capitolio (Campidoglio)

Loba cpitolina

San Paolo fuori le Mura

APÉNDICE 2 – INDICE DE PERSONAJES ***(artistas, políticos, papas...)***

Gianlorenzo Bernini (17,19,21,23)
 Pietro Bernini (17)
 Carlos Maderno (17, 19)
 Giovanni Battista Soria (17)
 Giacomo della Porta (18)
 Bramante (19)
 Rafael de Urbino (19,20,21)
 Miguel Angel, Michelangelo Buonarotti (19,20,23)
 Caravaggio (19, 20,21) (s. XVII)
 Pinturicchio (19)
 Fra Angelico (19)
 Borromini (20)
 Federico Barroci (20)
 Pietro da Cortona (20)
 Rubens (20)
 Annibale Carraci (20)
 Antonio Canova (21)
 Tiziano (21) (s. XVI)
 Houdon (21)
 Correggio (
 Stefano Maderno (23)
 Giovanni Battista Soria (
 Carlos Alberto (17)
 Umberto I (20,21)
 Victor Manuel II (Vittorio Emanuele II) (20,23) (1820-1878)
 Mussolini (18)
 Cavour (23)
 Giuseppe Garibaldi (23)
 Anita Garibaldi (23)
 Medici (21)
 Borgia (21)
 Borghese (21)
 Julio II (19, 20)
 Constantino (emperador) (19,22)
 Marco Aurelio (emperador) (17,23)
 Diocleciano (emperador)(17)
 Trajano (emperador) (18)
 Julio César (dictador) (18)
 Vespasiano (emperador) (18)
 Nerón (emperador) (18)
 Tito (emperador) (18)
 Augusto (20)
 Goethe (21)
 Gian Battista de Rosi (22) (s. XVIII)
 Santa Cecilia (23)

APÉNDICE 3 - GLOSARIO

Glosario de arte: Siglo y estilo al que pertenece (si procede), definición

arte etrusco

arte barroco

arte bizantino

arte helenístico (19)

decoracion de candelabro (20)

escultura barroca (21)

pintura barroca: serpentinato (19)

pintura barroca: manierismo (19)

pintura barroca: clasicismo (20)

pintura barroca: tenebrismo (20)

pintura barroca: naturalismo (20)

Casetones

Trampantojo

archeipoeton (22)

no hecha por la mano del hombre

crismol (22)

anagrama de Cristo????

Breve explicación de su simbología, según los símbolos que se le fueron añadiendo a lo largo de los siglos:



Jesucristo Principio y fin Eterno Espíritu Santo

El último es llamado Crismol Trinitario, por contener a las tres personas de la Sagrada Trinidad

